

EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.

PRECIO DE SUSCRICION.
EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 29.—15 Julio 1860.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

SUMARIO.

El Excmo. Sr. D. Pedro Salaverría, por R. de M.—La muerte del rey don Pedro.—El lucero del alba, por don Juan Bautista Ferrer.—Letrilla, por don J. García de la Foz.—Pascual Bruno, por A. Dumas.—El sol, por J. M. y M (artículo II y último).—Soledad, por don José Suero.—Panorama descriptivo, á vista de pájaro, de las cosas y de los naturales del Celeste Imperio, por don P. de Prado y Torres.—El eclipse (poesía), por don J. A. Loren y la Hoz.—Ahiza, por F.—San Francisco el Grande de Madrid, por don E. Moreno Cebada.—Mas sobre el eclipse.—Los mensajeros de amor, por don Antonio Corzo y Barrera.—Zalamero.—Zalamerías, por don V. Joaquín Bastús.—Variedades.

LÁMINAS. Retrato del Excmo. Sr. D. Pedro Salaverría.—Imágenes fotográficas de un eclipse de sol.—Salon de los Campos Eliseos de Barcelona.—Parterre de la Plaza de Oriente de Madrid.—El Real Palacio de Madrid.

EL EXCMO. SEÑOR D. PEDRO SALAVERRÍA.

Tenemos la satisfacción de dar en este número el retrato del Excmo. Sr. D. Pedro Salaverría, actual ministro de Hacienda; pero no podemos ofrecer su biografía á nuestros suscritores, como deseábamos, por carecer de datos auténticos y no haber logrado obtenerlos.

Plausible es la modestia en los que ocupan altas posiciones; mas cuando se tiene la suerte de prestar eminentes servicios al país, el hombre deja de pertenecer á sí propio, y á cambio del aprecio público, que es el mayor de los galardones, su vida entera, todos sus actos, y hasta sus pensamientos pasan á ser patrimonio de su patria.

Defraudados en nuestros deseos, tenemos que limitarnos á ligeros apuntes para satisfacer la justa curiosidad de nuestros suscritores.

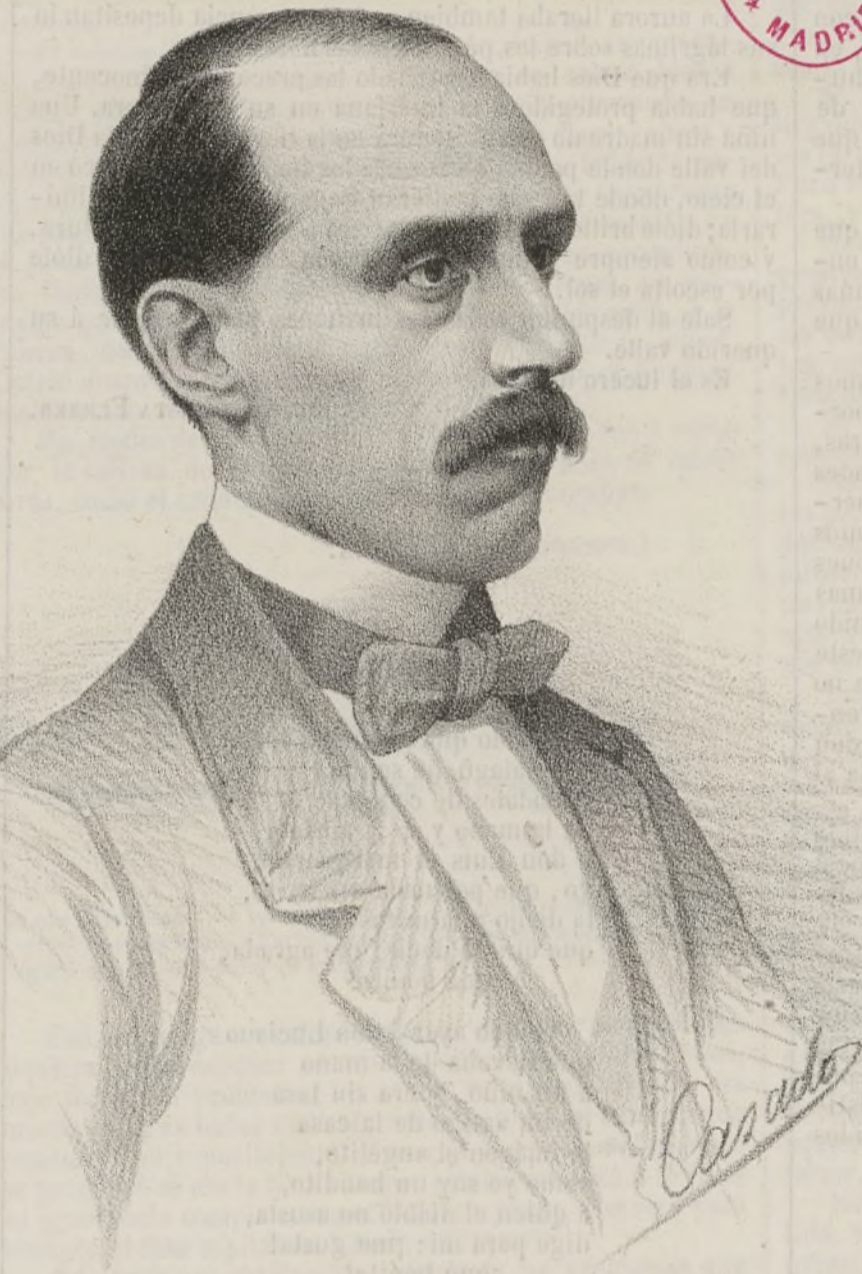
Sabemos que el señor Salaverría nació en la ciudad de Santander en octubre de 1822, y por consiguiente que no cuenta todavía 38 años. Sin embargo, en 1853 desempeñaba ya la direccion general de Contabilidad; en 1854 la subsecretaría del ministerio de Hacienda; en 1855 la direccion general de la Deuda pública; en 1856 la de Ultramar, y en setiembre del mismo año, antes de cumplir 34 de edad, juraba por primera vez el cargo de ministro de Hacienda, que ha vuelto á desempeñar hace mas de veinticuatro meses, con tanta honra suya como fortuna para el país.

Se nos olvidaba indicar que, aunque poco tiempo, sirvió tambien el ministerio de Fomento en fines de 1857 y principios de 1858, dejando allí iniciadas importantes disposiciones.

Ese breve resumen de los altos puestos que ha servido don Pedro Salaverría, á una edad en que generalmente apenas se ha llegado á la vida pública, basta para juzgarle.

La fortuna es ciega, la fortuna es caprichosa, pero por sí sola no es bastante para sostener mucho tiempo á grande altura á quien eleva sin merecimientos.

El joven modesto que comenzando su carrera en las oficinas de Burgos y contaduría general del Reino; que desde oficial de las contadurías de Burgos y Sevilla, y de la Direccion del Tesoro, se eleva á subdirector, á oficial de la se-



RETRATO DEL EXCMO. SEÑOR D. PEDRO SALAVERRÍA.

(Copiado de una fotografía del Sr. Alonso Martínez.)

cretaría de Hacienda, y á los mas altos destinos de la administracion; el que antes de los 38 años há sido tres veces ministro de la Corona, sin llevar un apellido de esos que facilitan el encumbramiento, sin haber tenido parte alguna en la política, no lo debe de seguro á la fortuna.

Ciertamente que, el que segun aseguran los que le tratan, vive hoy de igual manera, con la misma modestia que cuando era simple oficial de direccion, el que además de un renombre envidiable ha logrado despues de servir dos años al ministerio de Hacienda, conservar ilesa su honra y que ni una ligera duda empañe su acrisolada reputacion de moralidad, tiene dotes especiales para haber alcanzado la posicion en que se encuentra.

Y en cuanto á merecimientos, el país sabe quién ha constituido recursos fijos y positivos para un periodo de ocho años, en que las obras públicas se desarrollen en toda la esfera de nuestras necesidades, en que las plazas fuertes lleguen á merecer este nombre y el material de guerra se coloque á la altura de los últimos adelantos, y en que la



marina militar se ponga en situacion de proteger á la mercante y amparar á nuestros hermanos, llevando á todos los mares el glorioso pabellon de Castilla.

El país sabe quién ha determinado el medio de satisfacer las subvenciones de ferro carriles, cuya enorme suma hacia temer que esas importantísimas vías quedasen en proyecto, ó que el Tesoro público se abrumara bajo el peso de una obligacion muy superior á sus recursos.

El país sabe quién ha normalizado el servicio de los presupuestos, logrando que esten aprobados por leyes antes de la época en que deben regir, y quién los ha formado de manera que se salden sin déficit con solo los recursos ordinarios.

El país sabe quién ha elevado su crédito á una altura que ni siquiera parecia posible; quién se propone amortizar gran parte de la deuda pública, y quién ha concebido en esta operacion un acertadísimo pensamiento, que consolida por completo nuestra situacion económica, desvaneciendo el único peligro que la amenazaba en lo porvenir.

El país sabe, y tuvo en ello un legítimo orgullo, quién satisfizo 50 millones de contado, rechazando los plazos que se nos ofrecian, en momentos que la reclamacion de esa deuda lastimaba el sentimiento y la honra nacional.

El país sabe y no lo olvidará nunca á quién debe en cierto modo las glorias que acaba de adquirir en Africa, porque sin cuantiosos recursos facilitados á manos llenas, la constancia, la abnegacion y el heroísmo ejemplar de nuestros soldados, hubieran sido infructuosos.

El país sabe que eso se ha hecho sin apelar á negociaciones gravosas para el Tesoro y sin usar siquiera de los recursos extraordinarios votados por las Cortes con laudable patriotismo.

El país sabe todo eso y agradece profundamente sus servicios al hombre que se desvela por enaltecerlo. Pruebas de la gratitud pública ha recibido el señor Salaverría, de provincias tan importantes como Barcelona y Sevilla, y ahora casi creemos que tiene razon en negarse á facilitar datos para su biografía. Su biografía está escrita en los beneficios que ha hecho al país, y no se borrará nunca de la memoria de sus conciudadanos.

R. DE M.

LA MUERTE DEL REY DON PEDRO.

Es la pintura, ese arte divino que inmortalizó á los Velázquez, Murillo, Ribera, Zurbarán y tantos otros, la que nos arranca este grito de entusiasmo: ¡Gloria á las artes!

Es el placer que tenemos de dar á conocer á los que se distinguen en sus obras, el que guía hoy nuestra pluma para alentar al genio que empieza, legando á su patria un bello cuadro que no desdeñarían algunas de nuestras emi-

Es en fin, la admiración al talento la que nos impone el deber de consagrar algunas líneas á esa obra que hemos tenido ocasión de admirar y que acaba de presentar á SS. MM. su autor don Joaquín de Medina.

La muerte de don Pedro I de Castilla, que unos apellidaron el *Justiciero* y otros el *Cruel*, es el asunto que el artista ha escogido para su composición, perpetuando en ella el célebre y trágico acontecimiento, que sirvió de escalón para subir al trono, al bastardo don Enrique de Trastámara.

Cuando contemplábamos el cuadro á que nos referimos, nos creímos trasportados á aquella funesta tienda, en la cual triunfó la traición mas vil del caballeresco y reconocido valor del turbulento cuanto infortunado rey. Tal se representa en el lienzo la verdad histórica.

El cadáver de don Pedro, desplomado sobre el suelo de la tienda de Bertran-Claquin ó Duguesclin, donde tuvo lugar el horrible drama, es lo primero que se divisa, notándose en su descompuesto rostro la agonía cruel de los últimos momentos, en tanto que á su lado se alza energética y sombría la figura de don Enrique, contemplando con semblante sañudo y enfurecidos ojos á su víctima. Aun parece que se le vé apretar el ensangrentado puñal que abarca su diestra, y con el cual acaba de cometer su doble crimen de fratricidio y regicidio. Su actitud imponente, amenazadora, está en perfecta armonía con el texto histórico.

Bertran Duguesclin es el tercer personaje del cuadro. Distinguese en último término, contemplando sombrío con los brazos cruzados sobre el pecho el sangriento episodio, en el cual aparecería pasivo espectador, si la historia no hubiera transmitido para su baldon, las célebres frases de *Ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor*, con que el francés Claquin, añadiendo la acción á las palabras, terminó la fratricida lucha.

Aunque la mayor parte del lienzo lo ocupa la tienda, que está alumbrada por una lámpara de tres mecheros, se entrevee por uno de los lados, el celaje velado por algunas nubes y la luna, á cuya débil luz se dibuja el caballo que condujo á la muerte á su regio dueño.

Diremos para concluir, que el cuadro de que nos vamos ocupando es de un efecto admirable en su conjunto, porque hay en él animación y verdadero relieve en las figuras, que es, á nuestro juicio, una de las mayores dificultades en tan precioso arte; pero á fuer de imparciales, nos permitiremos una observación al señor Medina: hubiéramos deseado ver alguna otra figura en último término, pues parece natural que en un suceso tan notable mediáran mas personajes; y aunque la historia, que creemos habrá tenido presente el autor, nada positivamente asegura sobre este extremo, deja no obstante presumir por una parte, que no fué el acero de don Enrique el único asestado sobre el vencido rey; y por otra, que alguno de los parciales de don Pedro le acompañaba en su última desdichada jornada al castillo de Montiel (1).

De todos modos damos al señor Medina la mas cumplida enhorabuena, porque en su obra hay entonación; su pincel es correcto, y las figuras todas, usando de una figura vulgar, parecen querer salirse del lugar que ocupan.

Sabemos que nuestros bondadosos reyes, augustos patrocinadores de todo lo bello, han admitido con benevolencia esta obra que les ha sido presentada por el artista aficionado, á quien aconsejamos no abandone la senda que tan gloriosamente emprende, pues presentimos que un día podrá aumentar el largo catálogo de las eminencias artísticas que ilustran nuestra historia tan rica en esclarecidos varones.

EL LUCERO DEL ALBA.

Un valle delicioso y florido albergaba á la niña mas encantadora que hubiese venido al mundo. Su belleza era tanta que las flores se inclinaban para admirarla cuando pasaba, y los ruiseñores al verla daban á sus cantos nueva melodía; era tan graciosa que se dijera que habian bajado del cielo las gracias para tomar asiento en sus megillas, y siempre se mostraba mas risueña que la aurora. Por esto dieron en llamarla la reina del valle.

Era tan joven como hermosa; aun el primer pesar no habia nublado su frente; esa dorada edad de la inocencia ejercía sobre ella su imperio, y le daba durante los dias juegos infantiles y sueños vagos, pero placenteros durante las noches.

La niña oraba sin embargo; oraba todos los dias. Al morir su madre le habia estampado un beso sobre la frente, encargándole que pidiese á Dios que la alumbrara en su horfandad. Las brisas habian espedido un canto triste, los árboles se habian deshojado y la madre habia dado el último aliento, prometiendo á la niña que velaría por ella desde el cielo.

La reina del valle habia orado tantas veces como el sol asomó sobre el horizonte para saludarla.

Pero cuando creció sintió un malestar que ella misma no sabia explicar. Su corazón presentía delicias desconocidas, y su pensamiento se concentró en vano para investigar aquel misterio. Le pareció aspirar el aroma de las flores con un placer que no conociera hasta entonces, y se detuvo á admirar el suave arrullo de la tórtola que acariciaba á su compañera.

Aquel dia acertó á pasar un caballero de dorada guedeja que se paró ante ella prendado de tanta beldad y le dijo que se sentía arrastrado hácia aquel valle. Las miradas del ga-

lan penetraron en el corazón de la niña, vivificándole como el sol de mayo vivifica la naturaleza, el genio del amor descendió sobre su cabeza batiendo sus alas de azul y oro.

Aquella noche la niña no rezó. Y al dia siguiente volvió el galán cubierto de riquísimos atavíos; y su gallardía era tanta que hasta las humildes violetas se elevaron sobre sus tallos para contemplarle, y el murmurante arroyo que corría saltando junto al camino sembró en él sus líquidas perlas para honrar la visita. La niña que le aguardaba con afán, al verle sintió enardecer sus mejillas, que se tiñeron con el carmin de la mas galana rosa. Y hablaban mucho y tambien olvidó el rezo.

Al tercer dia el galán madrugó; tanto era lo que la niña le cautivaba. Cuando la aurora daba sus ligeras tintas á la lejana montaña ya fué á verla; pero sus exigencias la asustaron, porque diz que sus finezas del primer dia se tornaron en audacia y su dulzura en frenesí. Se atrevió á posar sus labios sobre la ruborosa frente de la niña; pero esta echó á llorar, acordóse de que la miraba su madre y rogó á Dios que la alumbrara en su horfandad, con tanto fervor como nunca se hubiese elevado al cielo una plegaria.

Cuando á la otra mañana visitó el valle el caballero, lo encontró sombrío. Las aves no trinaban y las flores habian perdido su esquisita fragancia, porque la niña habia partido, y las sueltas mariposas, esas pintadas mensajeras de la campiña, revoloteaban con tanto afán como poca esperanza de encontrarla.

La aurora lloraba tambien aquella ausencia depositando sus lágrimas sobre los pétalos de las flores.

Era que Dios habia escuchado las preces de la inocente, que habia protegido á la huérfana en su desventura. Una niña sin madre no estaba segura en la tierra. Llevóse Dios del valle donde podian alcanzarla los hombres y la colocó en el cielo, donde tan solo pudieran llegar sus ojos para admirarla; dióle brillo que correspondiera á su pasada hermosura, y como siempre le habia pedido que la alumbrara, dióle por escolta el sol.

Sale al despuntar todas las mañanas para saludar á su querido valle.

Es el lucero del alba.

JUAN BAUTISTA FERRER.

LETRILLA.

¡QUÉ BONITO!

Viendo que mi novia Luisa
con halagüeña sonrisa
y modales de coqueta
dá la mano y se la aprieta
á don Luis el marquésito,
yo, que por nada me irrito,
la dirijo una mirada,
que quiere decir: me agrada,
¡qué bonito!

Viendo ayer á don Luciano
que llevaba de la mano
á un niño, y era sin tasa
de un amigo de la casa
la imagen el angelito,
como yo soy un bendito,
á quien el diablo no asusta,
dije para mí: ¡me gusta!
¡qué bonito!

Dándole quejas de amor
á la bella Leonor,
creyendo que me escuchaba,
ella inocente jugaba
con su blanco falderito,
y yo que estaba ya frito,
al notar su distracción,
esclame con efusión:
¡qué bonito!

Cuando sale de la corte
dice Luis á su consorte
que no abandone la casa,
y ella las horas se pasa
sin salir con un primito:
yo que á menudo visito
á la vecina de enfrente,
esclamo al ver al paciente:
¡qué bonito!

La polluela que tontea
sin que su madre la vea
con un idem que promete,
cuando recibe un billete
en papel de rosa escrito,
rompe con gozo infinito
el sobre casi temblando
y en su interior exclamando:
¡qué bonito!

Cuando Enriqueta declama,
siendo la primera dama,
con un galán que es buen mozo
y de quien ella con gozo
habla siempre muy bajito,
su marido don Benito,
que observa entre bastidores
aplaude escenas de amores,
¡qué bonito!

Si alguna niña sencilla
al leer esta letrilla,
pasa con ella buen rato,
que me mande su retrato
metido en un cofrecito,
que aunque no valga ni un pito
en estima le tendré,
y siempre al verle diré:
¡qué bonito!

J. GARCIA DE LA FOZ.

PASCUAL BRUNO.

Por A. Dumas.

(Continuacion.)

IV.

Pascual no se habia equivocado. Temiendo la condesa que Bruno intentara algun golpe de mano, habia dispuesto que el matrimonio se celebrase tres dias antes de lo convenido, sin decir nada á Teresa de la entrevista que con el amante de esta habia tenido. Por devoción particular los novios habian escogido para celebrar el casamiento la capilla de Santa Rosalía, patrona de Palermo.

Y otro de los rasgos característicos de Palermo, ciudad toda de amor, es haberse puesto al amparo de una Santa joven y bonita. Por eso Santa Rosalía es para Palermo lo que San Genaro para Nápoles: la omnipotente dispensadora de los beneficios celestes. Es dicha Santa de raza francesa y régia, pues desciende directamente de Carlo-magno, como lo prueba su árbol genealógico, pintado sobre la puerta exterior de la capilla; árbol cuyo tronco sale del pecho del vencedor de Witkino, y despues de dividirse en varias ramas, las reúne en la copa para dar nacimiento al príncipe de Sinebaldo, padre de santa Rosalía. Pero ni toda la nobleza de su estirpe, ni toda la riqueza de su casa, ni toda la belleza de su persona, pudieron nada en el ánimo de la joven princesa. A la edad de 18 años abandonó la corte de Rogerio, é inclinada á la vida contemplativa, desapareció repentinamente sin que se supiera qué habia sido de ella, hasta que despues de muerta fué hallada hermosa y fresca como si viviera aún, en la gruta donde habia habitado, y en la actitud misma en que se habia dormido con el sueño casto é inocente de los predestinados.

Estaba aquella gruta abierta en la falda del antiguo monte Ecita, tan célebre en el curso de las guerras púnicas por las posiciones inespugnables que proporcionó á los cartagineses; pero hoy la montaña profana ha mudado de nombre. Su cabeza estéril ha recibido el bautismo de la fé, y se llama el monte Pellegrino, palabra que en la doble significacion quiere decir montaña Hermosa ó montaña del Peregrino. En 1624 una peste diezmaria á Palermo; santa Rosalía fué invocada. El cuerpo milagroso fué sacado de la gruta y trasladado con mucha pompa á la catedral de Palermo; apenas los santos huesos tocaron el umbral del monumento semi-cristiano, semi-árabe, construido por el arzobispo Gualterio, Jesucristo, á ruegos de la Santa ahuyentó de la ciudad, no solo la peste, sino tambien la guerra y el hambre, como lo atestigua el bajo-relieve de Villa-Reale, discípulo de Cánova. Entonces fué cuando los palermitanos reconocidos trasformaron en iglesia la gruta de santa Rosalía, hicieron el magnifico camino que á ella conduce y cuya construccion parece debida á aquellas épocas en que una colonia romana echaba un puente ó un acueducto de una montaña á otra, como la firma granítica de la metrópoli. Por ultimo, el cuerpo de la Santa fué reemplazado con una graciosa estatua de mármol, coronada de rosas y recostada en la actitud en que se habia dormido la Santa en el paraje donde habia sido encontrada, y esta obra maestra fué enriquecida además con un donativo real. Carlos III de Borbon le dió un vestido de tisú de oro justipreciado en cien mil reales, un collar de diamantes y magnificas sortijas. Queriendo además agregar los honores caballerescos á las riquezas mundanas, obtuvo para ella la gran cruz de Malta suspendida de una cadena de oro, y la condecoracion de María Teresa, que es una estrella cercada de laureles con esta divisa: *Fortitudini*.

En cuanto á la misma gruta, es una escavacion practicada en un núcleo primitivo cubierto de capas calcáreas, de cuya bóveda penden brillantes estalactitas; á la izquierda hay un altar, en cuya parte baja se halla recostada la estatua de la Santa, la cual se ve por entre un enrejado de oro, y detras del altar corre la fuente donde apagaba la sed. En cuanto al pórtico de aquella iglesia natural, está separado de ella por un intervalo de tres ó cuatro pies, por el cual penetra la luz y descienden los festones de hiedra, de suerte que los rayos del sol se interponen como una cortina luminosa entre el sacerdote y los fieles.

En esta iglesia fueron casados Teresa y Cayetano. Terminada la ceremonia, la comitiva bajó á Palermo, donde habia carruajes para llevar los convidados á la aldea de Carini, feudo del cual tomaba su título el príncipe Rodolfo. Allí habia mandado la condesa que se dispusiera un banquete magnifico, siendo convidados los aldeanos de las cercanías en dos ó tres leguas á la redonda. Habian llegado moradores de Montreale, Capaci y Favara, y entre todas las aldeanas que á porfia hacian alarde de coquetismo campesino, se distinguian las de Piana de Greci, por su trage moraita, que han conservado religiosamente, aunque la colonia que lo trajo habia trocado su patria nativa por otra hacia mil doscientos años.

Se habian puesto mesas en una esplanada sombreada por encinas verdes y pinos umbelados, embalsamada por

(1) Véase el *Exámen histórico crítico* del reinado de don Pedro de Castilla, por don Antonio Ferrer del Rio, pág. 176.

narajos y limoneros y ceñida por unos setos de granados é higueras de la India; doble beneficio de la Providencia que, pensando en el hambre y en la sed del pobre, sembró esos árboles como un maná en toda la Sicilia. Llegábase á aquella esplanada por un camino orlado de aloes, cuyas flores gigantescas, que de lejos parecen lanzas de ginetes árabes, encierran un hilo mas brillante y sólido que el del cáñamo y lino; y mientras que por el Mediodía la vista quedaba cubierta por el palacio, por mas arriba, de cuyo terrado se levantaba la cadena de montañas que separa la isla en tres grandes regiones, al Occidente, al Norte y al Levante, veíase en la estremidad de tres valles aquel magnífico mar de Sicilia que, por sus variados matices, hubiérase tomado por tres mares distintos, porque, gracias á un juego de luz producido por el sol que comenzaba á desaparecer, era de color azulado hacia la parte de Palermo, corria como olas de plata hacia el lado de la isla de las Mujeres, y quebraba ondas de oro líquido sobre las peñas de San Vito.

En los postres y cuando el festin nupcial estaba en su mayor alborozo, las puertas del palacio se abrieron, y Gemma, apoyada en el hombro del príncipe, precedida de dos criados con antorchas y seguida de una gran servidumbre, bajó la escalera de mármol y se adelantó á la esplanada. Los aldeanos quisieron levantarse; pero el príncipe les hizo señas de que no se incomodáran. Gemma y él dieron la vuelta á las mesas y se detuvieron detrás de los novios. Entonces un criado alargó una copa de oro, Cayetano la llenó de vino de Siracusa, el criado la ofreció á Gemma; ésta hizo un voto en favor de los nuevos esposos, rozó sus labios en la copa de oro y la pasó al príncipe, quien despues de vaciarla de un trago, echó en ella un bolsillo lleno de onzas y las mandó llevar á Teresa como regalo de boda: en aquel momento dejáronse oír los gritos de ¡Viva el príncipe de Carini! La esplanada se iluminó como por encanto, y la noble pareja se retiró dejando en pos de sí como una aparición celeste, luz y alegría.

Apenas habían entrado en el palacio con su comitiva, cuando se oyó una música, los jóvenes se levantaron de las mesas y corrieron al sitio dispuesto para el baile. Según costumbre, Cayetano iba á abrir el baile con su novia, y ya se adelantaba con ella, cuando un forastero, que venia por el camino de los aloes, apareció en la esplanada. Era Pascual Bruno, vestido con su traje calabrés; llevaba en el cinto un par de pistolas y un puñal, y su chaqueta, echada sobre el hombro derecho, dejaba ver la manga ensangrentada de su camisa. Teresa fué la primera en verle; dió un grito, y mirándole con espantados ojos, quedó pálida y estática, cual si tuviera una aparición delante. Todos se volvieron hacia el recién venido, y la muchedumbre permaneció en la expectativa, silenciosa y muda, adivinando que iba á acontecer alguna cosa terrible.

Pascual Bruno marchó en derechura á Teresa, y parándose delante de ella, cruzó los brazos y la miró de hito en hito.

—¿Sois vos, Pascual? tartamudeó Teresa.

—Sí, yo soy; respondió Bruno con bronca voz: he sabido en Bauso, donde os estaba aguardando, que ibais á casaros en Carini, y creo que he llegado á tiempo para bailar con vos la primera tarantela.

—Ese es el derecho del novio; dijo Cayetano aproximándose.

—Es el derecho del amante, respondió Bruno. Vamos, Teresa, me parece que es lo menos que podeis hacer por mí.

—¡Teresa es mi mujer! exclamó Cayetano alargando el brazo hacia ella.

—Teresa es mi querida, dijo Pascual alargándole la mano.

—¡Socorro! exclamó Teresa.

Cayetano agarró á Pascual por el cuello; pero en el mismo instante dió un grito y cayó con el puñal de Bruno hundido en el pecho hasta la empuñadura. Los hombres hicieron un movimiento para arrojarse sobre el matador, quien sacó friamente una pistola de su cinto y la armó; y haciendo con ella señal á los músicos para que comenzasen la tarantela, obedecieron estos maquinalmente. Todos quedaron quietos.

—¡Vamos, Teresa! dijo Bruno.

Teresa ya no era un ser viviente, sino un autómatas cuyo motor era el miedo. Obedeció, y esta horrible danza cerca de un cadáver, duró hasta el último compás. Por último, los músicos cesaron, y como si solo fuera la música la que sostenía á Teresa, cayó esta desvanecida sobre el cuerpo de Cayetano.

—Gracias, Teresa, dijo Bruno mirándola con ojo enjuto; no quería de tí otra cosa. Y ahora, si hay alguno aquí que quiera saber mi nombre, á fin de buscarme en otro sitio, me llamo Pascual Bruno.

—Hijo de Antonio Bruno, cuya cabeza está en una jaula de hierro en el castillo de Bauso, dijo una voz.

—Ese mismo, respondió Pascual; ¡pero si quereis verla allí, daos prisa, porque os juro que no estará mucho tiempo! Al decir esto, Pascual desapareció sin que nadie tuviera ganas de seguirle; por otra parte, bien fuese por temor, bien por interés, todos se ocupaban de Cayetano y Teresa.

El uno estaba muerto: la otra estaba loca.

El siguiente domingo era el día de la fiesta de Bauso: todo el pueblo se hallaba entregado á la alegría; se bebía en todas las tabernas, se jugaba en todas las esquinas. Las calles estaban empavesadas y animadas, y entre todas, la que conducía al palacio se encontraba llena de gente que miraba tirar al blanco. Esta diversion habia sido fomentada por Fernando IV en su viaje á Sicilia, y muchos de los que entonces se dedicaban á dicho ejercicio, habian tenido ocasion de ostentar su destreza contra los patriotas napolitanos y los republicanos franceses; pero en el momento á que nos referimos, el blanco era un simple carton, y el premio un vaso de plata.

El blanco estaba directamente colocado debajo de la jaula de hierro donde se hallaba la cabeza de Antonio Bru-

no, á la cual no podia llegarse mas que por una escalera interior del castillo que conducía á una ventana, fuera de la cual se habia empotrado aquella.

Las condiciones del tiro eran muy sencillas; para tomar parte en él bastaba echar en una caja comun la módica suma de dos carlinos por cada disparo, y se recibia en cambio un número por suerte que fijaba el turno. Los menos diestros tomaban hasta diez, doce ó catorce balas; los que contaban con su habilidad se contentaban con cinco ó seis. En medio de todos aquellos brazos tendidos y de todas aquellas voces confusas, apareció un brazo que echó dos carlinos y se oyó una voz que solo pidió una bala. Todos se volvieron asombrados de tal pobreza ó de tal confianza. El tirador que solo pedia una bala, era Pascual Bruno.

Aunque hacia cuatro años que no parecia en la aldea, todos le reconocieron, pero ninguno le dirigió una palabra. Como le conocian por el cazador mas diestro de la comarca, no causó asombro el que solo hubiese pedido una bala: tenia el número 11. El tiro comenzó.

Cada disparo era acogido con risas ó aclamaciones, y á medida que las primeras balas se iban gastando, las carcajadas disminuian. En cuanto á Pascual, apoyado triste y pensativo en su carabina inglesa, no parecia tomar parte alguna en el entusiasmo ó hilaridad de sus compatriotas; llegó su turno: su nombre fué pronunciado; se estremeció y levantó la cabeza como sino esperase tal llamamiento; pero serenándose, se colocó detrás de la cuerda tendida que servia de valla. Todos le miraron con ansiedad; ningún tirador habia escitado semejante interés ni producido igual silencio.

El mismo Pascual sentia, al parecer, toda la importancia del tiro que iba á disparar, porque se colocó bien á plomo, con la pierna izquierda adelante y afirmando su cuerpo sobre la derecha, tomó su puntería desde abajo y levantó lentamente el cañon de la carabina: todos le siguieron con la vista, y se asombraron cuando le miraron rebasar la altura del blanco y detenerse en la direccion de la jaula de hierro. Esta, compuesta solo de un armadura, no tenia rejilla. El tirador y el fusil estuvieron un momento parados, como si fuera de piedra; el tiro salió, y la cabeza, desprendida de la jaula, cayó al pié de la pared. Corrió entre los asistentes un estremecimiento, y ninguna exclamacion acogió aquella prueba de destreza.

En medio de aquel silencio, Pascual Bruno fué á recoger la cabeza de su padre, y sin decir palabra ni mirar atrás, tomó el sendero que conducía á las montañas.

(Se continuará.)

EL SOL.

LO QUE RESPECTO Á ÉL CONOCEMOS Y LO QUE IGNORAMOS.

II.

Lo que ignoramos: La paralaxe exacta.—Fácúlas.—Manchas.—Núcleo y atmósferas.—Forma exacta.—Incandescencia.—Se aparta el sol?—El sol y la fotografia.

Cuando se ignora completamente una cosa no se piensa siquiera en cuestionar acerca de ella; y presentarla, pues, bajo forma de problema, es tener ya alguna idea de esa misma cosa, es haber dado el primer paso en el camino que conduce á su conocimiento. Desde el día en que el hombre se preguntó si era la tierra la que giraba, empezó á salir de su ignorancia completa respecto á este punto, que será para siempre el mas capital de toda la astronomía.

Así, pues, si supiésemos solamente las preguntas que se han de hacer ó mas bien que serán hechas acerca del sol, seríamos ya infinitamente mas sabios de lo que somos y de lo que podemos ser. Casi todas las cuestiones que se nos han de presentar son desconocidas para nosotros y permanecen envueltas en las tinieblas del porvenir.

Existen sin embargo algunas que nos atormentan ya, y cuya solucion buscamos con ardor. Sobre estas solamente llamaremos la atencion del lector, esponiéndole las mas importantes y las mas fáciles de comprender.

La paralaxe exacta.—Hemos visto hace poco que todo lo que sabemos del sol se deduce del conocimiento de su distancia de la tierra; lo propio sucede: 1.º con el diámetro; 2.º con el volúmen que se deduce del diámetro y de la forma; 3.º del peso, que se deduce de la distancia y de los movimientos planetarios; 4.º de la masa, que se deduce del peso; 5.º de la densidad, que es la relacion de la masa respecto al volúmen.

La cuestion de la distancia, la ciencia cosmológica la enlaza con la de la paralaxe; esto es lo que hemos hecho comprender tambien.

Si existen, pues, incertidumbres y errores sobre la paralaxe del sol, todo lo que acerca de él sabemos estará igualmente rodeado de incertidumbres y errores, y no tendremos nada absolutamente establecido ni absolutamente exacto fuera de ciertos límites.

Y esto es así verdaderamente. Hé aquí lo que resulta de nuestras esplicaciones sobre la paralaxe del sol, y lo que hace que en astronomía, se dé tanta importancia á la determinacion precisa de esta paralaxe.

¿Cuándo se conseguirá medirla tal como es en realidad? Esto es lo que se ignora. ¿Cómo se conseguirá esto? Se ignora tambien. Sin embargo, creemos que llegará á este resultado por nuevos métodos y sobre todo por medio de instrumentos mas delicados y mas ingeniosos, de los cuales la ciencia, en su estado presente, no tiene todavía la menor idea.

Fácúlas.—Observando minuciosamente el sol con los

telescopios, se ha notado que su disco no luce con una brillantez uniforme, sin hablar de las manchas propiamente dichas y de las cuales vamos á ocuparnos en seguida. Presenta en ciertas regiones variables de su estension, y principalmente cerca de los bordes del disco, rayas aborregadas ó jaspeadas que se ramifican mas ó menos encorvándose y que se asemejan, dice Lardner, á las degradaciones de una superficie ondeante y agitada de un océano de fuego líquido, ó á estratas de nubes luminosas mas ó menos gruesas, ó bien á ciertos precipitados químicos algodonosos que se depositan con lentitud en un líquido diáfano. Esto es lo que produce esas variaciones de brillantez que se han llamado las *fácúlas* ó las *lúculas* del sol.

Ahora bien, ¿cuál es la causa de estos fenómenos y cómo esplicarlos? Esta pregunta carece hasta ahora de respuesta, aun cuando estas *fácúlas* hayan concurrido, con las manchas propiamente dichas, á provocar las hipótesis de que vamos á hablar sobre la constitucion física del sol.

Manchas.—¿No es sorprendente que se formen, en ese cuerpo luminoso y tan caliente, manchas inmensas que duran unas veces horas, otras días, otras semanas y aun á veces meses? Estas manchas, con las *fácúlas*, indican ciertamente cambios y una grande agitacion en ese foco misterioso. Todo en el mundo se mueve y está sujeto á un trabajo interno, incluso el sol.

Una mancha solar empieza por un punto negro que se estiende despues hasta cierto límite, que disminuye y que finalmente desaparece. Llegado á su perfecto desenvolvimiento, presenta un centro enteramente oscuro, y alrededor de este centro una franja irregular que disminuye gradualmente de intensidad hasta perderse y confundirse con la blancura general.

Se ven en el sol manchas de un tamaño enorme. Las hay que cubren en su disco una estension de dos minutos (2') lo que les dá una anchura de mas de 22,000 leguas. Pero hay tambien otras mas pequeñas, mas ó menos sensibles, y á veces no se ve ninguna.

Cuando una mancha de gran dimension se borra progresivamente en dos meses como la que vió Mayer, la cual presentaba un grandor aparente de 90" (90 segundos) ó un minuto y medio, y fué invadida en cuarenta días por la luz envolvente, esta materia luminosa se esparce con una velocidad de 18 leguas por hora.

Se ha observado tambien que una grande mancha se reduce de pronto á una multitud de manchas pequeñas.

No todo el orbe del sol se cubre de manchas. Hay ciertas partes en las cuales no aparecen nunca; la faja del ecuador solar está siempre desprovista de ellas, y no se las vé formarse sino en dos zonas paralelas á este ecuador, y de una anchura mediana, que se estienden por ambos lados á una distancia de algunos grados solares, es decir, dados por el círculo que tiene su centro en el centro del sol.

Las manchas solares, aun las mas oscuras, están totalmente desprovistas de luz? No se puede afirmar, puesto que las mas vivas de nuestras luces artificiales, interpuestas entre el sol y nuestra vista, marcan sobre su disco lunares sombreados de un negro no menos intenso. Lo que sí es cierto, es que siempre son infinitamente menos luminosas que las demás.

Hé aquí los fenómenos observados. ¿Cuál es la causa que los produce? Este es el misterio.

Se han hecho dos hipótesis. Los unos han creído que las manchas solares son debidas á montones de escorias ó de espuma que se forman en el sol, océano de fuego, como las que se forman en nuestros hornos sobre los metales en fusion. Otros, entre los cuales debemos nombrar á Guillermo Herschell y á Arago, las han esplicado por escavaciones ó agujeros enormes que penetran en el sol dejando ver su interior, que segun esta hipótesis, es opaco.

Esta segunda esplicacion es la mas generalmente admitida, tanto, que hoy parece casi fuera de duda. Se apoya principalmente en la apariencia de las manchas cuando se acercan al borde para desaparecer: tomando por su posicion oblicua la forma de un óvalo, nos ocultan su punto negro, no enseñándonos mas que su franja penumbral, lo que indica que son agujeros, cuyas paredes nos ocultan su fondo negro, como las de un vaso hueco en forma de cono nos ocultan el fondo de este vaso cuando lo miramos oblicuamente. La fotografia ha venido á apoyar tambien esta teoría reproduciéndonos estas manchas como reproduciria escavaciones practicadas en un globo luminoso.

Núcleo y atmósferas.—La teoría que explica las manchas por escavaciones y que considera las *fácúlas* como nubes, conduce á creer que el sol se compone de un núcleo sólido y opaco, y de atmósferas fluidas, origen de la luz y del calor que arroja con tanta profusion en el espacio, y de los cuales tomamos nuestra parte con los demás planetas y cometas, girando sobre nosotros mismos como asadores delante del fuego, y pasándonos además á su alrededor por una traslacion elíptica, que unida á la posicion del eje de rotacion, hace variar las temperaturas y produce las estaciones.

Herschell creyó que habia dos atmósferas, la una vecina del núcleo, no luminosa, la otra estendiéndose sobre la primera, é incandesciente, vasta mar de llama que todo hace considerar como gaseosa mas bien que líquida.

Arago há casi demostrado este estado gaseoso por su experimento del polariscopio. Es un instrumento de óptica que descomponen los rayos solares de manera que produce dos imágenes del sol. Todas las luces que poseemos, cuando son recibidas por este instrumento y proyectadas oblicuamente á la superficie del cuerpo que las produce, lo que tiene lugar cuando este cuerpo es redondo y se trata de esta manera la luz que viene de sus bordes, dan dos imágenes de colores complementarios si la materia que la produce es sólida ó líquida, y dos imágenes no polarizadas, es decir, completamente blancas, si esta materia es gaseosa. Por consiguiente, la luz de los bordes del sol, en todos los momentos de su rotacion, descompuesta por el polariscopio, dá dos imá-

genes blancas y absolutamente sin color: por lo tanto su origen es gaseoso.

Este es el razonamiento. Pero para hacerlo concluyente es necesario asimilar la luz solar á nuestras luces terrestres, y prescindir de la hipótesis que supone que esta luz es de una clase diferente, no sujeta á las leyes que rigen las nuestras. Puede proceder también de un elemento que no sea ni sólido, ni líquido, ni gaseoso, pues si todos los cuerpos terrestres existen bajo uno de estos tres estados, ¿quién puede decirnos que en los cuerpos celestes no existen otras formas para afectar la materia? M. Boutigny concibe y sostiene ya la existencia de un cuarto estado esferoidal.

Se ha dado el nombre de fotósfera á la segunda atmósfera luminosa y calorífica de la cual acabamos de hablar.

Pero varios fenómenos observados desde que los astrónomos tienen la idea de las atmósferas solares, han hecho admitir una tercera capa situada encima de la fotósfera, é imperfectamente diáfana, que hace las veces de un velo destinado á moderar la intensidad de la luz y del calor. Uno de estos fenómenos es la disminución de brillo del disco hácia los bordes donde este velo inmenso redondeado por todo el circuito debe, en efecto, si existe, tomar mayor espesor respecto á nosotros. Muchos otros que sería demasiado largo exponer, han sido observados por M. Arago en el eclipse total que observó en Perpiñan en 1842. Estos fenómenos son los que han hecho admitir principalmente, como casi cierta, la tercera atmósfera nebulosa.

M. Boutigny, en sus estudios sobre este estado esferoidal que ha concebido, ha ideado un experimento curioso que consiste en producir artificialmente un pequeño sol con su núcleo y sus atmósferas. Al efecto toma una esfera hueca metálica, bien bruñida y agujereada, la cual hace calentar al blanco, vertiendo dentro ácido sulfuroso sin agua; al rededor de este globo se ve formar una tercera atmósfera que dá una idea de la que se supone existir en torno del sol.

Sin embargo, todas estas explicaciones de nuestra estrella central no son hasta ahora sino hipótesis, estando por lo mismo sujetas á enormes dificultades como decía M. Faye no ha muchos años en la Academia.

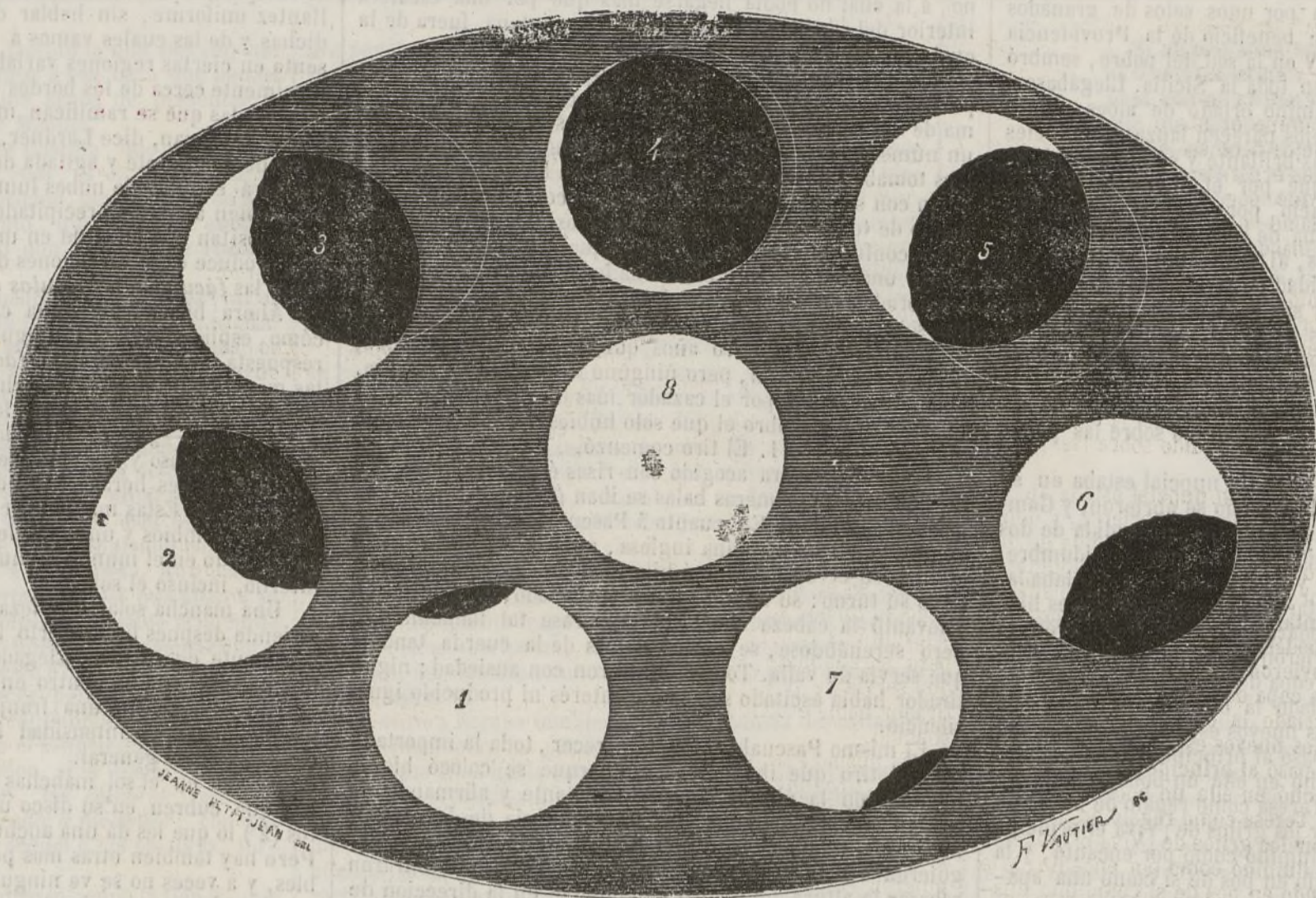
Forma exacta.—Hemos reconocido como cierto en el artículo primero que el sol es de forma esférica. Pero si, como se acaba de decir, es en gran parte gaseoso, debe resultar de su movimiento de rotación que es, en toda su zona ecuatorial, de mas de mil leguas por segundo en tanto que se debilita gradualmente hácia sus polos hasta ser casi nulo á los dos extremos del eje, puesto que éstos no son mas que dos puntos que giran sobre sí mismos en 25 días 7 horas y 48 minutos, debe resultar, decimos, de este movimiento una hinchazón muy grande de las cubiertas gaseosas en el ecuador solar y un achatamiento proporcionado en los polos. Según eso, el sol sería un esferoide mucho mas achatado que la tierra.

Hé aquí además una deducción muy lógica, pero que debería apoyarse sobre observaciones.

Parece que el cálculo comparado de la producción del calor y de la luz en el ecuador y en las regiones polares del sol, es decir, sobre la faja del disco de Este á Oeste y á las dos partes opuestas, Norte y Sur, debería dar explicaciones sobre este particular. Si hay hinchazón de las atmósferas en el ecuador, las modificaciones bajo este respecto deben ser el resultado, y sin embargo no se habla, que sepamos, sino de la disminución de intensidad luminosa en los bordes del disco y en todo su alrededor, lo cual no basta para dejar satisfecho el razonamiento.

Herschell ha explicado las escavaciones que forman las manchas por una variación de temperatura en el mismo sol, la cual se refiere á lo que nos ocupa en este momento. Ha dicho: «Puesto que hay acumulacion en la atmósfera superior bajo el ecuador solar, hay en esta zona concentracion de calor á causa del obstáculo que opone, á la radiacion en el espacio, esta acumulacion; y hácia los polos hay enfriamiento relativo por el efecto contrario; por consiguiente, debe haber corrientes inferiores hácia el ecuador, y corrientes superiores hácia los polos, y de ahí torbellinos encontrados que por su remolinamiento producen las escavaciones.» Pero se le puede responder que la hinchazón debe producirse también, por la misma razon, en la fotósfera y dar lugar á una compensacion que combate el efecto de que habla. Se vé que por todas partes nos encontramos en lo inesplicado y en lo desconocido.

Incandescencia.—No parece dudoso que el sol sea incandescente, al menos en una de sus capas concéntricas, entendiéndose por incandescencia la propiedad de desenvol-



IMÁGENES FOTOGRAFICAS DE UN ECLIPSE DE SOL.—Figs 1, 2 y 3: fases crecientes.—Fig. 4: fase máxima.—Figs. 5, 6 y 7: fases decrecientes. Fig. 8: el sol con las manchas que presentaba ocho dias despues del eclipse del 15 de marzo de 1858.

ver luz y calórico. ¿Pero cuál es el agente que le dá esta propiedad? Hé aquí uno de los mas grandes misterios de su naturaleza.

Unos dicen que el sol es una masa inmensa de materias en combustion, y que se verifica una reparacion continua de las pérdidas que experimenta en su incendio y en su radiacion por los derramamientos indefinidos de materias que arroja y que vuelve á tomar de todos los cuerpos colocados bajo su dominio. Los cometas, por ejemplo, podrian con frecuencia no ser sino emanaciones acumuladas, destinadas á volverle á servir de alimento despues de haber salido, originariamente, de su sustancia.

Otros suponen que el sol es un monton de materias sometidas á una agitacion tan grande, que el solo roce de las unas contra las otras basta para hacer vibrar el éter inmediato y mantenerlo así, sin cesar, en la doble ondulation que se llama calor y luz.

Finalmente, otros conciben el sol como una inmensa antorcha eléctrica, una inmensa pila que sirve de principio y de resorte universal al universo entero, del cual es el centro. Esta es la teoria que nos parece mas bella y mas digna de la grandeza de los efectos del sol; pero falta saber cuál es el cuerpo que puede servir de campo centralizador de una fuerza semejante y por qué poder se perpetúa, á menos que el hombre se remonte á Dios inmediatamente, solucion fácil, pero necesaria en resumen, para todos los problemas.

¿Se apagará el sol?—¿Por qué nó, puesto que todo acaba en el mundo donde reina? Un conjunto, cuyos detalles mueren los unos despues de los otros, ¿podria dejar de morir á su vez, despues de una vida proporcionada á su grandeza y á su importancia?

Esas manchas que se dibujan sobre su estension y que se acrecientan á veces de una manera espantosa, ¿no podrian ser profecías de su fin?

El sol se ha visto eclipsar, sin interposicion de la luna, á un grado no menos intenso que el de sus eclipses totales, cuya causa es desconocida. Podia creerse entonces que no se volveria á encender. Se encendió: ¿pero qué astrónomo es bastante sábio para afirmarnos, que una gran mancha no lo invadirá un dia de manera que lo haga desaparecer para siempre? Este dia moriria todo, no solamente sobre la tierra, sino sobre todos los planetas, á los cuales calienta y alumbrá, de mas cerca ó mas lejos, con sus rayos.

Lo que te digo aquí, lector, no es solamente suposicion mia. Lee á Humboldt y á todos los astrónomos, y verás que con bastante frecuencia, desde los tiempos históricos, el sol ha sufrido debilitaciones de luz y de calor en grados diferentes, y que mas de una vez se ha casi apagado, en medio de un cielo puro, sin que hubiese eclipse alguno ordinario.

Hay estrellas que han desaparecido. ¿Por qué no podria llegarle su vez á la nuestra?

El sol y la fotografia.—Acabamos de dar una idea de los numerosos problemas que presenta nuestra antorcha diurna. Los medios que servirán para elucidar en el porvenir, de estos problemas, los que no estarán fuera del poder de la humana investigacion, son hoy dia artífices que se han de descubrir. Pero lo que debe alimentar nuestra confianza es que, de vez en cuando, un medio nuevo ó un perfeccionamiento considerable en los medios ya conocidos viene á ocupar su puesto en los anales de la astronomía. Si el campo de los problemas no tiene límites, tampoco lo tiene el de las revelaciones de métodos nuevos para estudiarlos.

Hasta ahora el principal recurso astronómico en la in-

vestigacion del sol ha sido, como ha podido deducirse de lo que hemos dicho, la observacion con los anteojos ó los telescopios, de los pasajes de Vénus por encima del sol, de los de Mercurio, y sobre todo de los de la luna que constituyen los eclipses. Hay también el estudio de la luz y del calor solar, en el estado ordinario del sol, en tanto que vienen de tal ó cual punto de su disco, de los bordes ó del centro, del Norte ó del Sur, del Este ó del Oeste. Hay en fin, los fenómenos imprevistos que puede presentar sin cesar, observados con instrumentos que serán mas perfectos de dia en dia.

Pero una de las pruebas mas sorprendentes del progreso reservado á la humanidad en este orden de cosas, es el recurso que acaba de ofrecer á los astrónomos, en sus últimos años, un arte enteramente nuevo, del cual ni siquiera sospecharon nuestros abuelos. Existian, en la luz que el sol nos envia, y rayos que poseen la propiedad química de imprimir su imagen sobre ciertas

sustancias. Estas sustancias han sido descubiertas, y ahora podemos coger á su paso los estados accidentales del astro, conservar su imagen fija y perfectamente exacta, y formar así un depósito de estudios comparados.

La fotografia puede aprovecharse también, en el momento mismo de la observacion del astrónomo, para la precision de sus medidas. M. Faye se ocupa en esto con una grande actividad, desde hace algun tiempo, como nuestros lectores lo habrán visto en las diferentes memorias que sobre este asunto ha presentado á la Academia de las Ciencias.

Hoy damos, en grabado, una copia reducida de las principales imágenes fotograficas que el inteligente constructor de instrumentos de óptica, M. Porro, y el hábil fotógrafo, M. Quinet, obtuvieron el 15 de marzo de 1858 en el mismo taller de M. Porro, y bajo la direccion de muchos astrónomos, entre los que figuraba M. Faye. Los señores Porro y Quinet han tenido la bondad de facilitarnos las pruebas que han servido de modelos á estas copias reducidas.

En estas pruebas la luna no se dibuja fuera del sol, aunque en tres figuras no la hemos indicado de esta manera para que su efecto sea mas comprensible.

Las fases principales se siguen del principio al fin, segun la serie de números, y el 8 es la copia de otra imagen fotografica sacada por los mismos, con ocho dias de intervalo, del sol no eclipsado tal como se presentaba aquel dia con las dos manchas que tanto ha estudiado el P. Secchi, de Roma.

Obsérvense sobre todo, en estas imágenes, estas manchas y las desigualdades de los bordes de la luna; que, á pesar de la pequenez de las pruebas, que en el original tienen un poco mas de seis pulgadas de diámetro, han quedado sin embargo bien marcadas.

Se vé, pues, que gracias á la fotografia, se tiene el eclipse, como si existiese á cada momento, con una exactitud perfecta, y que se podrá comparar con otros como si ocurrieran muchos al mismo tiempo.

De los estudios que se hagan en el eclipse que ha de tener lugar el 18 del presente mes de julio se obtendrán nuevos datos para ilustrar muchos de los puntos hipotéticos sobre que se asienta la astronomía.

T.—J. M. y M.

SOLEDAD.

A mi amigo Enrique de la Rosa.

I.

No recuerdo por qué casualidad el jóven Andrés entró por vez primera en una casa donde vió á una muchacha preciosa, de rostro apacible, color algun tanto pálido y ojos terminantemente melancólicos y negros cual la endrina, velados por largas pestañas, que parecian sombrear sus dulces miradas. En su tez fresca y suave, como la hoja de la rosa, habia un tinte espiritual, que era el candor divino de su mente virgen y de su corazon inocente. Esa jóven se llamaba Soledad, y parecia á la Virgen, cuyo nombre llevaba. Tierna, sencilla, espiritual, cariñosa y casi siempre vestida de negro, era uno de esos hermosos tipos que los célibes dudan hallar para su consuelo en la tierra. El retraimiento del mundo y la soledad en el mismo, justificaba una vez más el nombre que llevaba.

Pero Andrés, á pesar de encontrarse ante una imagen tan bellísima, la contempló por vez primera con la misma

glacial indiferencia con que pudiera ver á cualquiera figura vulgar. Ni su corazón recibió la mas leve impresión ante su presencia, ni las miradas de sus ojos tuvieron ese leve fuego intenso y penetrante, que siempre tiene una mirada de simpatía ó de amor; y para que así sucediera, habia dos razones poderosísimas: era la primera, la de que Andrés estaba acostumbrado á ver á preciosidades femeninas de inestimable mérito y valer, con la misma frecuencia que veia al minuterero de su reloj correr minuto tras minuto y hora tras hora en el inmenso piélago del tiempo; y era la segunda, la de que Andrés no creia en la mansedumbre de los semblantes femeninos, porque para él aquello que dijo, paréceme que Lavater, de que el rostro es el espejo del alma, era uno de tantos dichos vulgares que adquieren fama, sin una prueba completa que les justifique. En cambio, sabia que la inocencia y el candor era las mas de las veces en las mugeres un artificio seductor para sus fines atraentes, como lo es la mirada del reptil cuando fascina al pajarillo y la piel de la oveja cuando disfraza al lobo. Y en cambio, tambien tenia una teoria si se quiere algo estraña, pero muy verdadera para distinguir á la muger-ángel de la muger-demonio. Esa tema era la relativa á la posicion social de la muger, á su riqueza ó á su pobreza, y dice así:

Casi todas las mugeres pobres son por necesidad unos ángeles.

Casi todas las mugeres ricas son por necesidad unos demonios.

Estos dos casi son la escepcion de la regla general asentada; son la leve desviacion del principio espuesto y reducido todo lo más á un ciento de mugeres diseminadas en toda la superficie del mundo civilizado.

La muger rica está de continuo atacada de esa enfermedad moral estúpida, que se llama orgullo.

La muger pobre está de continuo poseyendo este tesoro imposible de aquilatar, que se llama modestia.

Consecuencias. Una muger rica es el demonio del orgullo.

Una muger pobre es el ángel de la modestia.

Mas sea dicho de paso y como á la ligera, no deben llamarse ricas ciertas mugeres que tienen un capitalito de diez, doce ó quince mil duros, y os diré por qué.

Con el capital mismo ó la renta de las cifras anotadas ningun mortal puede hacer su felicidad metálica.

Si es un calavera, no tendrá con las cantidades predichas, mas que para un año de gastos á todo velámen.

Si es un talento lleno de ambicion, que le dá, por ejemplo, por figurar con esa meretriz, que se llama *cosa pública* ó política, no podrá sostener sus ideas con independencia desde los escaños de un Congreso ó desde las columnas de un periódico, sin que tenga que venderse muy luego á sus enemigos por ese pedazo de papel, que se llama credencial ó nombramiento de un emplecillo.

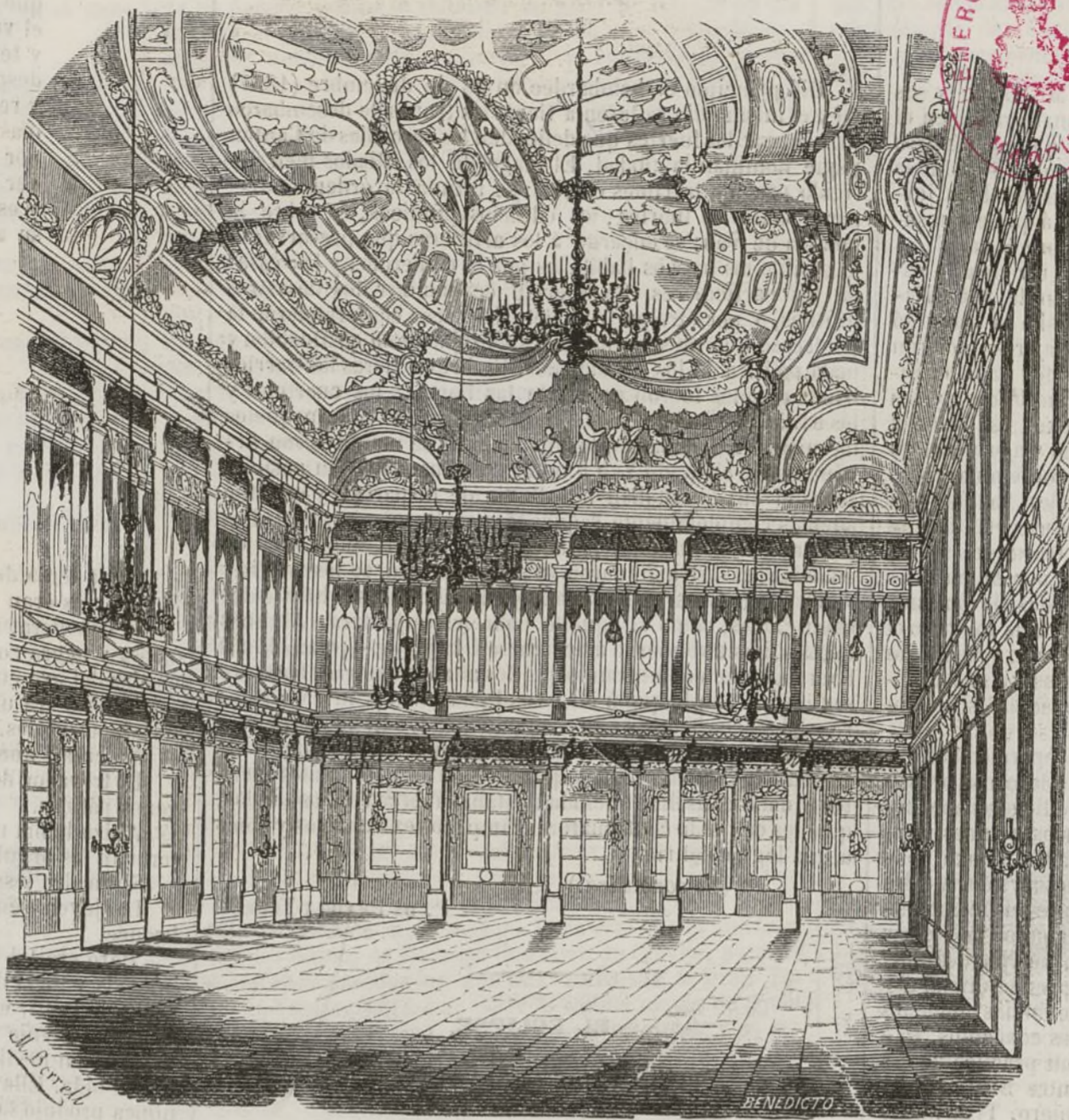
Si es un hombre honradote y bueno, con las cantidades enunciadas, no podrá echar otra especulacion ó grangeria en una poblacion grande, que la de, por ejemplo, un establecimiento de calcetines y zapatillas al por menor.

Consecuencias. Las cantidades mencionadas no constituyen verdadera riqueza: son, como si digéramos, el taparrabos de esa cosa tan fea que se llama hambre. Ergo las mugeres que tienen orgullo, porque tienen ese capital ó piensan tenerle en su dia, son unas solemnes estúpidas, porque con ese capital, repito, no consiguen dar la verdadera felicidad metálica á ningun hombre.

Con esta teoria, fuertemente arraigada en la cabeza de Andrés y despues de manifestar que Soledad era pobre, fácil es deducir, que si aquel empezó por creer que la muger que tenia ante sus ojos pudiera muy bien aparecer como un ángel por necesidad, al cabo pensó tambien que en efecto podia tener el alma bendita de un ángel.

La vió repetidas veces, ya delante de su familia, ya sola, y siempre la encontró tan amable como cariñosa y tan inocente como dulce; y por lo tanto, Andrés concluyó por creer lo último que habia pensado: Soledad era un ángel, una alma bendita. Y desde el momento en que así lo creyó, empezó á sentir esa leve impresion en el seno, ese leve fuego, esa invisible esencia, que los peritos en la materia llaman amor; y sucedia que, colocado el uno en frente del otro se miraban y se volvian á mirar, no se decian nada; y sin embargo, se decian más, mucho más que puedan decir todas las novelas juntas, ó el arte de amar de Publio Ovidio Nason. Un dia, sin saber cómo ni de qué manera, colocado Andrés cerca de Soledad, el pié del uno se encontró con el del otro, dándose una especie de abrazo cariñoso, cual pueden dárselo dos amigos que se andan buscando mutuamente para comunicarse un asunto de importancia; y desde entonces quedaron unidos por la parte superior por una constante mirada, y por la parte inferior por un lazo firmísimo. Los estremos, pues, se habian juntado, y parecia haber ya mucho adelantado.

Pero es el caso, que esta escena no podia durar mucho porque era tan patética como tonta. No se decian nada, como



Salón de los Campos Eliseos de Barcelona.

por lo regular acontece á todos los amantes hasta que llega el momento oportuno, y sin embargo la atmósfera en que respiraban estaba cargada de *electricidad amorosa*, el cielo preñado de *nubes de sentimentalismo*, y hasta el mismo suelo parecia arrojar emanaciones *caloríferas-amoroso-sulfúreas*. Una tormenta parecia inevitable. La primera chispa que saltase prendia fuego á tanto combustible produciendo un voraz incendio, y la chispa saltó.

Soledad en medio de su inquietud y con su intencion penetrante de muger, se aventuró á decir á Andrés:

—¿Qué tiene V.? Parece que está V. malo!

—Sí, tiene V. razon, Soledad, exclamó Andrés con entusiasmo. No sé lo que tengo. Yo sé que estoy malo, y mi enfermedad está aquí.

Y al mismo tiempo se llevó la mano hácia su corazón.

—¿Es verdad eso? exclamó Soledad con candidez.

—¿Pues qué no ha conocido V. hasta ahora que padezco, sufro y deliro por V?

Soledad se sonrió como se deben reir los ángeles, pero el veneno de amor se infiltraba en sus venas insensiblemente.

—Y lo que necesito, oiga V., lo que necesito, exclamaba Andrés al mismo tiempo que cogia una mano de Soledad entre las suyas, es que V. me quiera tanto como yo á V.

Soledad veia abierto ante sus ojos un nuevo y dilatado horizonte. Sentia tanto ó mas amor como decia sentir Andrés, y sus mejillas tiñéndose con el purísimo arrebol de su inocencia, dejaron inclinarse su frente rozándose levemente con la de Andrés para decir á este con el acento de un ángel:

—Si me engañais me vais á hacer desgraciada para siempre porque no podré querer á ningun otro.

Andrés deliraba en aquel momento de felicidad. Las palabras de Soledad fueron para aquel lo que un rocío benéfico para un campo abrasado por un sol tropical. Tomó las manos de Soledad entre las suyas, al mismo tiempo que caía despeinado en ellas uno de los rizos sedosos y perfumados de Soledad, con el cual empezó á jugar Andrés. Los dos amantes estaban en el período supremo de la felicidad amorosa; en el período álgido del amor platónico á lo Pablo y Virginia, y el blondo rizo de Soledad era el juguete inocente con que se divertia de un modo indecible el bueno de Andrés. Porque sin duda alguna cada individuo tiene sus caprichos y tonterías, sus gustos y extravagancias, como tiene sus defectos y bellezas, y cada uno de esos caprichos por raros que parezcan, son tan dignos de respeto como puede serlo el mas frecuente y vulgar.

Andrés gozaba con el rizo de Soledad como el avaro goza contemplando su oro, y yo por ejemplo me distraigo encerrando todas las diversiones de mi vida en estos tres actos inocentes: fumar un *vegüero*; hablar con mis amigos y dejar caer al correr de mi pluma verdades dulces y amargas. ¡Ah! Se me olvidaba. Siento tambien una grata fruicion cuando veo á unas amigas ó conocidas mias, y me ponen una cara grave, terrible, (*heautontimorúmenica*), crispadora... ¡Qué horror, Otello! ¡Y al mismo tiempo que desgracia tan inmerecida! Han destruido todo mi brillante porvenir, cuando cualquiera de ellas podia haber labrado mi felicidad en ciertos momentos de entusiasmo... Andrés y Soledad estaban como decia, en el período álgido de la felicidad

amorosa, dirigiéndose tiernas miradas, vehementes suspiros, y perdiéndose aquellas dos almas encontradas al acaso en un océano de amor y en un venturoso sueño de felicidad. Ningunos amantes podian ser mas felices que lo eran en aquel momento esos dos corazones, porque Andrés ante Soledad habia olvidado todos sus recuerdos, dejando hablar tan solo á su corazón, mientras que Soledad ante Andrés veia un cielo desconocido, impregnado de dulces aromas, y de inimitables armonías. Andrés sufría una pesadilla de amor que habia de disiparse al dejar hablar mas tarde á sus ideas inflexibles y á sus proyectos preconcebidos, y Soledad sufría el primer acceso de amor, y estos nunca dejan mas que ese legado funesto que se llama *recuerdo*.

De súbito un ruido estraño vibró en los oidos de los dos amantes: era el ruido de pasos que se acercaban cada vez mas al sitio donde estaban aquellos, y Soledad dirigió á Andrés una mirada que queria decir: marchaos y que nadie os vea. Y al mismo tiempo indicaba á Andrés el sitio por donde podia salir sin ser visto de nadie.

No sé lo que tiene el talento perspicaz de la muger, que cuando quiere prevee ó evita todo cuanto puede suceder ó remediar lo sucedido, allegando con su intuicion clara y su imaginacion previsora, toda clase de recursos para alcanzar lo que quiere con mucha mas facilidad, talento y oportunidad que el hombre. Por esto cuando algun amante novel ha creido que seria correspondido por su adorada beldad sino mediaran los inconvenientes de la familia, me he sonreido escépticamente y le he contestado: la mugor cuando quiere se pone en relacion con un hombre, le ve, le habla ó le escribe, aunque á ello se opongan el cielo y la tierra juntos. Podrá suceder que una escesa vigilancia haga que si se habian de ver

ocho veces se vean cuatro, ó dos; pero esto no es mas que cuestion de números, que no hará otra cosa mas que aumentar el cariño de dos personas que se quieren, en lugar de disminuir el mismo.

Andrés salió por el sitio que le habia dicho Soledad, y salió sin ser visto de nadie.

(Se concluirá.)

JOSÉ SUIRO.

CHINA.

PANORAMA DESCRIPTIVO, Á VISTA DE PÁJARO, DE LAS COSAS Y DE LOS NATURALES DEL CELESTE IMPERIO.

(Continuacion.)

A veces, aun en medio de una ciudad, se sospecha uno hallarse en medio de los campos, por los claros que se encuentran, si no fuese porque poco despues reaparece la linea de casas prolongándose hasta perderse de vista por las estrechas calles atestadas de gente. Aquí y allí cementerios, luego pagodas, y luego monumentos diversos; con mas frecuencia grandes pórticos, arcos triunfales por lo regular en conmemoracion de algun recuerdo histórico, de algun recuerdo piadoso. Todos esos cuadros son vivos y animados, sin embargo de estar cerca del teatro de la guerra civil. Distan poco de los distritos donde mandan los rebeldes. La navegacion sobre el gran canal está en parte interceptada; los juncos imperiales que trasportan el arroz necesario al consumo de Pekin y de las provincias del Norte, no pueden ya efectuar su viaje anual; permanecen quietos á orillas del canal, y muchos están deteriorados y hundiéndose en el agua. Un perpétuo contraste de prosperidad y decadencia, de actividad y de ruina, de vida y de muerte, ¡hé ahí á decir de Mr. Cooke el cuadro que presenta la China de la presente época!—«Mientras escribo estas páginas de mi diario, dice, acabo de atravesar sobre unas cinco millas de bellas llanuras; ambas orillas están protegidas como los muelles de París, por murallas de granito y embalsadas en toda su prolongacion. Desisto de poder dar una idea aproximada del trabajo ciclópeo, del enorme tráfico, de la industriosa asiduidad, de la increíble feracidad, del contento individual, y del cuadro de prosperidad y de paz que tengo á la vista. En ciertos puntos las pagodas se desmoronan y las calzadas se arruinan; los grandes juncos imperiales destinados á trasportar los cereales se pudrirán enterrados en el cieno, y alguno que otro fuerte de los que se alzan de vez en cuando, se ostentan medio destruidos. Ciertamente que el gobierno de ese vasto imperio se halla en el perigeo de su decrepitud, y sin embargo de esa impotencia en las altas regiones, aun no ha logrado afectar la felicidad de sus súbditos, ni destruir los gérmenes de riqueza que fecundiza sobre un suelo fértil la asidua laboriosidad del pueblo!»

IV.

Después de cinco días de navegación, Mr. Cooke y sus compañeros llegaron á la estremidad del canal grande en el arrabal de Hang-chou. Esta ciudad se cuenta en el número de los mas importantes mercados de la China, y su aduana suministra cada año al erario imperial considerables impuestos, productos de derechos de transporte á que están sujetas las mercancías extranjeras cargadas sobre el canal.

Hang-chou es una ciudad sagrada, y fué un tiempo capital del imperio. Los anales católicos hablan de 800 cristianos que sufrieron allí el martirio. Mr. Cooke la atravesó medio en palanquin y medio á pié. Los viajeros hicieron una estancia algo mas prolongada en una aldea llamada Sihon, célebre en la China por sus templos *buddhicos*, y sus *bonzerías*. Aquel punto ofreció á Mr. Cooke, así como á sus camaradas, un atractivo singular. Como viajero curioso tuvo la rara y apetecida ocasion de poder contemplar bajo sus formas mas puras, genuinas y colosales, los famosos templos consagrados á *Buddha*, las gigantescas estatuas de ese dios representado bajo sus múltiples transmigraciones; así como las magníficas cavernas ahuecadas por la naturaleza, decoradas por la superstición, y pobladas de *bonzos*; catacumbas paganas ataviadas tambien, de una misteriosa grandeza; un lago de incomparable hermosura, rodeado de inmensos palacios, monasterios y caprichosos kioscos, duplicando sus fantásticas formas al replegarse en la cristalina y diáfana superficie de las aguas!

Esa situación en medio de los bonzos proporcionó algun reposo á nuestros viajeros, y emprendieron luego la prosecucion de su rumbo hácia Ning-Po, adonde llegaron sus dificultades despues de haber atravesado varios grandes pueblos mas y recorrido distritos florecientes. Mr. Cooke describe á grandes rasgos esta parte de su escursión: y bien mirado ¿para qué volver á describir siempre el mismo espectáculo? La China, tan nueva al primer golpe de vista y en su conjunto, es de un extremo al otro, de Norte á Sur, y de Este á Oeste muy uniforme, y se sorprende uno al notar tan grande variedad de dialectos en provincias donde los usos y costumbres son los mismos en todos conceptos. Pasemos, pues, con Mr. Cooke á la conclusion práctica de esa vuelta tan felizmente llevada á cabo entre Shang-hai y Ning-Po por una via vedada á todo extranjero. Tres ingleses (á quienes reconocieron en visperas de una guerra, y aun despues del rompimiento de hostilidades; consiguieron, repetimos, salvar sanos y salvos, sin la menor esposicion, 400 millas por un territorio pobladísimo; por el contrario, fueron respetados por los mandarines, bien acogidos por los bonzos, y las muchedumbres por donde pasaban no han manifestado hácia ellos sino una especie de curiosidad cándida impregnada de simpatías.

En vista de todo esto tiene mil razones el corresponsal de *El Times* cuando escribe á su periódico que esos chinos no son tan fieros como los pintan.

Mientras que Mr. Cooke visita como aficionado viajero los puertos de la China, y que lleva adelante el estudio de sus costumbres y sus investigaciones comerciales, lord Elgin ha regresado de la India, y la escuadra inglesa se halla al completo, la Francia se pronuncia contra el mandarin Yeh, y se coaliga con la Inglaterra para obtener satisfaccion por medio de las armas. La Rusia representada por el conde Poutiatine, sostiene las reclamaciones de ambas potencias sin estralimitarse de una intervencion oficiosa, reservándose para mas adelante participar de los beneficios de la victoria. Y por último, los Estados-Unidos tratan de sacar partido para su comercio de ese embrollo chinés y permanecen un tanto sospechosos á sus vecinos. Ha llegado, pues, el momento, en que el delegado de *El Times* puede renacer á la correspondencia política militar. Las escuadras parten para Canton. Mr. Cooke las alcanza á todo vapor para entregarse á la redaccion de sus boletines. Despues de echar una ojeada sobre la disposicion de las escuadras y á los preparativos de una segunda acometida contra Canton, piensa en desembarcar y buscar un albergue en tierra á las inmediaciones del cuartel general, esto es, próximo á las noticias y al correo. Los ingleses han ocupado la isla de Honon, que se estiende frente por frente de Canton. Allí es donde fija su asilo Mr. Cooke. Ya queda instalada una comision bajo la presidencia de un coronel á fin de establecer un órden simulado en medio de esa poblacion de ingleses y de chinos, de propietarios, de tenderos y de invasores que allí se ven discurrir entremezclados, tropezándose, disputando, invocando la policia y aplicando las mas veces la ley del mas fuerte. El tribunal improvisado donde se sienta el coronel está encumbrado de mandantes. La justicia se administra en el acto y sin apelacion.

Todo se prepara para la accion: los caudillos de las fuerzas beligerantes aliadas señalan un plazo al mandarin Yeh, pasado el cual si no entrega á Canton, será atacado. Desde el 26 de diciembre (1857) el almirante Seymour ha expedido la órden general en que se designa los puestos que deberán ocupar los buques y tropas de desembarco.—«Los franceses, dice Mr. Cooke, sabrán tambien encontrarse en sus puestos cuando suene la hora del combate» y observa que: «La ría de Canton jamás se ha ostentado mas serena.» La ciudad flotante de góndolas que ceñia como una faja la ciudad se desvia bajo la amenaza del próximo bombardeo; curioso á fé debió ser la precipitada marcha de todas esas viviendas que en fuerza de años de no haberse movido, muchas de ellas, parecían haber pasado al estado de inmuebles. En la actualidad han regresado ya todos los juncos á sus anteriores anclajes; la paz los ha vuelto á traer, como vuelven con el buen tiempo las golondrinas. Podrán bombardear cuanto gusten á Canton, que la ciudad de bateles, el único barrio pintoresco de esa antigua villa chinesca, escapará de entre todas las balas.

V.

Dió principio el bombardeo en 28 de diciembre (1857) y en el mismo dia saltaron á tierra las tropas de desembarco para atacar los fuertes que defienden las cercanías de Canton y que dominan la ciudad. El fuego de los aliados bien dirigido produjo terribles efectos: se intimó la órden de disparar sobre los fuertes, los edificios públicos, y sobre la morada de Yeh; se encargó á los artilleros que preservasen lo posible los barrios habitados por el comercio, y las casas de los particulares. Se querian economizar los desastres inútiles, y por otra parte se deseaba hacer comprender á la poblacion que no se la hacia responsable de la obstinacion y mala política de los mandarines. En breves horas los barrios bombardeados fueron presas de las llamas; los cuarteles y los edificios, la mayor parte de madera, ardan como paquetes de mistos: sin embargo, los mandarines se mantuvieron firmes. Vióse obligado Yeh á tener que abandonar su palacio, sobre el cual asestaban una lluvia de disparos, y que fué además completamente saqueado por la misma plebe. Los habitantes de Canton, pasados los primeros momentos de emocion, casi se habituaron ya al bombardeo; se les veia ir y venir sin espantarse demasiado y entregarse á sus habituales ocupaciones, como si aquello nada les importara. Algunos bateles, hasta volvieron á acercarse á la playa;—¡erau chinos honrados que conjeturando que los aliados tendrian bastante sed iban de un buque á otro vendiendo frutas interin estos regalaban con bombas á sus compatriotas!— El 29 de diciembre quedó terminada la obra de destruccion; las tropas de desembarco habian tomado posesion de los principales fuertes y dado el asalto: la ciudad estaba á merced de los aliados, quienes con todo continuaron acampados extramuros y como á una legua del rio.

(Se concluirá.)

P. DE PRADO Y TORRES.

EL ECLIPSE.

Dios al arreglar el caos
y al dar vida á cuanto existe,
á todo lo que creó,
tan admirable y sublime
inspiró para su bien
amor sensual ó sensible;
y en dos sexos dividió
los seres en sus orígenes
desde los altos planetas
á las humildes perdices.
Al mar casó con la tierra,
al árbol con sus raíces,
al hombre con la muger,
(esto fué lo mas difícil)
á los aires con las brisas,
las flores con los abriles,
las acequias con los rios,
con los deseos las vírgenes,
las montañas con los cerros,
á los malos con los crimenes,
y en fin, mar, y tierra, y árbol,
y hombre, y muger, y raíces,
y aires, brisas, flores, rios,
acequias, deseos, vírgenes,
todo cuanto es lo casó;
y en órden menos humilde
casó con la gloria el cielo,
con Arjonas las narices,
y al sol casó con la luna
haciendo el nudo mas firme
que de casados se sabe
ni de casados se dice.

Ahora bien, lector amigo,
á ese matrimonio insigne
para que viviese en paz
le mandó que se visite
solo muy de tarde en tarde,
y yo sé—yo soy un linco—
que es porque no satisfagan
su apetito, que es visible
que de satisfecho á harto
se llega con un confite,
y si llegasen á hartarse
no podrian ser felices.
Pues bien, despues de observarles
y de los pasos seguirles,
hemos venido á saber
que el diez y ocho, cuando brille
en nuestro cenit el sol,
es probable que se avisten
y envíe el sol y recoja
la luna besos á miles
que aquel en rayos le manda
y esta en desmayos recibe;
y como en tales delirios,
cuando en deleite suspiren
el sol tendrá solo ojos
para su amor: es posible
que nos quedemos á oscuras,
á no ser que este nos mire
con lo blanco de sus ojos,
supuesto que le origine
tales giros el amor,
y entonces crepusculice.
Por esto creo oportuno,
amable lector, decirte

que tal conyugal visita
el vulgo la llama eclipse;
y te encargo que á la Luna
despues con cuidado mires
y repares si está en cinta
mas adelante y me avises
por si dá á luz una estrella
ver donde la deposite
y estudiar y contemplar
su alumbramiento sublime.

J. A. LOREN Y LA HOZ.

AHIZA.

BALADA FILIPINA.

I.

Ahiza tenia doce años.
Sus ojos eran oscuros como una noche de *baguio*.
Su cabellera, perfumada con oloroso aceite de *coco*, era sedosa y negra con suaves reflejos azulados, á la manera de las alas del ave cuya presencia es nuncio de desventuras.
Su boca era una flor de coral, entreabierta y llena de perlas orientales.

No creais que su tez era blanca como la leche.
El trovador de la Oceanía no canta la belleza de las vírgenes pálidas.

Ahiza habia nacido en medio de las selvas seculares que coronan las orgullosas montañas de la Isla de Negros.

Su madre y su padre eran *aetas*, hijos de *aetas*.

La jóven semejava, pues, una hermosa estatua de bronce.

Pero era tal la dulce fascinacion que ejercia su mirada, húmeda y llena de efluvios magnéticos, que era imposible verla sin sentir conmovirse el corazon.

Su voz tenia el acento salvaje de su tribu, pero tenia tambien en medio de su rudeza cierta armonía estraña y nunca oida. Ella sabia modular cantares desconocidos, que nunca produjo la garganta de los hombres, y que aprendió tal vez de los pájaros.

II.

Si la hubierais visto, coronada con una fragante guirnalda de flores, que destacaban su nivea blancura sobre su azabachada cabellera y su frente de mármol negro:

Si la hubierais visto con su ancho collar de hojas verdes, cubiertas aún de gotas de rocío, que despues de rodear su mórbido cuello, iban á unirse sobre su seno de vírgen:

Y con su ligera y púdica vestidura, formada de la corteza del *balete*, que despues de encerrar su talle, descendia hasta las rodillas:

Si la hubierais visto, en fin, con su coco de palma brava y su carcax de bambú lleno de flechas envenenadas, deslizarse por entre los árboles como una sombra, la hubierais creído acaso alguna ninfa de aquellos bosques, que datan de la creacion.

III.

Iba con paso ligero y lleno el rostro de júbilo.

¿Qué hacia que Ahiza se hallara tan contenta y vagara por el bosque tan de mañana?

Porque los primeros rayos de la aurora auyentaban las sombras de la noche y doraban las copas de los árboles.

Es que aquella alborada era la aurora de su felicidad.

Ahiza era amada por un valiente y apuesto guerrero. Decimos mal, todos los guerreros de la tribu amaban á Ahiza, pero Alila era el único que habia sabido hacerse amar por ella.

Y era que nadie aventajaba á Alila en la carrera ni en el manejo de las armas, ni guerrero alguno tenia á un tiempo el valor y la astucia del jóven.

Y sobre todo, ninguno habia sabido murmurar al oido de Ahiza palabras mas dulces, ni dirigirla miradas llenas de mayor ternura.

Las aves de mas brillantes y variados colores, alcanzadas en su vuelo por las flechas de Alila, habian pagado con frecuencia el tributo de sus hermosas plumas para el adorno de la jóven. Las flores silvestres de matices mas raros y mas embriagante aroma tenian tambien que contribuir á realzar la hermosura de Ahiza.

Las dos familias habian llegado á conocer el amor de los dos jóvenes; pero como eran casi de la misma edad y estatura no habia ningun obstáculo á su union y accedieron á ella.

Por eso Ahiza vagaba por el bosque tan de mañana.

Su familia la habia conducido allí, y despues de recomendarla que se ocultase en lo mas espeso, volvieron á la tribu.

Alila debia ir despues á buscar á su prometida.

Si la encontraba y la conducia á la tribu, el matrimonio se verificaria en seguida.

Pero si por el contrario, no la hallaba antes de que el sol se ocultase en el Occidente, no tendria lugar.

IV.

Ahiza levantó de pronto la cabeza, para ver á qué altura se hallaba el sol.

Era aún el amanecer; pero ya el disco de oro del astro del dia asomaba por encima de los montes.

La jóven suspiró: una lágrima humedeció sus ojos.

Alila debía llegar al bosque para buscarla en el momento de romper el día, y aun no había llegado.

¿A qué atribuir su tardanza?
¿Acaso no amaba ya á la pobre niña? ¿Había olvidado sus dulces palabras de miel y sus juramentos de amor?

¿Acaso amaba á otra *dalhaga* (doncella)?
Los celos atormentaron el corazón de la infeliz Ahiza. Pero solo un momento, porque muy pronto se oyó á lo lejos una extraña y salvaje canción de ritmo lento y monótono.

La joven prestó el oído para cerciorarse de que no se engañaba, y entonces la luz de la alegría brilló en sus ojos y una sonrisa placentera jugueteó en sus labios.

Era la canción favorita de Alila la que resonaba á lo lejos.

Era la voz del guerrero la que entonaba esa canción.

Ahiza, con voz conmovida, repitió el mismo tema. Entonces la voz de Alila fué haciéndose poco á poco mas sonora, conforme se iba el joven acercando atraído por el canto de la *dalhaga*.

Por último, se oyó tan cercana, que sin duda el guerrero debía hallarse á pocos pasos de la joven.

Pero entonces ésta, con esa coquetería innata en toda muger, se ocultó tras un grupo de árboles.

Alila apareció, pero no viendo á su prometida se alejó buscándola.

V.

Cuando su voz se fué debilitando por la distancia, la joven entonó de nuevo la canción.

Alila acudió otra vez, pero Ahiza volvió á ocultarse y el joven hubo de alejarse sin verla.

Su voz se iba haciendo mas triste, como desesperando de encontrar á la que amaba; pues sin duda pensaba que la voz que le atraía era el acento engañoso de algun espíritu de la selva que se burlaba de él.

Ahiza comprendiendo su dolor, hizo oír de nuevo la canción, pero esta vez no se ocultó ya entre los árboles.

Alila acudió aunque la desconfianza se pintaba en su rostro, y al ver á la joven, un grito de júbilo se escapó de sus labios.

—Al fin te encuentro, exclamó.

Una dulce sonrisa fué la contestación de la joven.

—¿Quieres ser mi esposa? ¿quieres venir conmigo ante los *barnaas* (ancianos—gefes) de la tribu? preguntó Alila.

—Sí, contestó Ahiza con voz trémula.

Entonces el guerrero apoyó dulcemente sus labios en la frente de la *dalhaga*, diciéndola:

—Que el *bahta may capal* (ser supremo) te dé tanta felicidad como en este momento me proporcionas.

Y cogidos de la mano se dirigieron á la tribu.

VI.

Al día siguiente los *barnaas* bendijeron la unión del valiente Alila y de la bella Ahiza.

El genio de la felicidad batió sus alas durante largos años sobre su cabaña.

F.

SAN FRANCISCO EL GRANDE DE MADRID (1).

A principios del siglo XIII existía en Asís y se ocupaba en despachar géneros en el comercio de Pedro Bernardote un joven de gallarda presencia, de genio vivo y complaciente, gracioso y galante con las damas, y simpático para todo el que frecuentaba su trato. Honrado ciudadano, no dudó un momento en tomar las armas en favor de su patria contra Perusa, dando señaladas muestras de estar dotado de un alma grande y generosa. Su imaginación ardiente le hacía tributar culto á las musas, consagrando á la poesía todo el tiempo de que podía disponer. Por algun tiempo dejó de deslumbrar por los aplausos del genio, por los bienes de fortuna que poseía su padre, á quien estaba llamado á heredar, y por los demás elementos que conspirando continuamente para corromper el corazón, arrastran á muchos jóvenes incautos á la perdición. Este joven que mas tarde se presentó en las calles de Asís, hecho un andrajoso y un pordiosero, triste y meditabundo, silbado y corrido por los muchachos como un loco, que nada conservaba ya de su antigua alegría, dichos agudos, y oportunas gracias, fué despues un santo anacoreta, cenobita, celoso apóstol de la religion de Jesucristo, ángel de paz, serafín abrasado en el amor divino, espejo de la perfección cristiana: en una palabra, fué el gran San Francisco de Asís, el fundador de la orden religiosa mas numerosa y popular de Europa. Dios se habia propuesto realizar por su ministerio una grandiosa idea, y él supo corresponder á los altos designios de la Providencia. Siguiendo el consejo evangélico que dice: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, distribúyelo entre los pobres y ven en pos de mí,» se desprende de cuanto posee y dando un eterno á Dios á las vanidades del mundo, dió principio á la grandiosa obra que habia de inmortalizar su nombre, y que habia de ser un ameno jardín de sabios y de santos.

Despues que hubo hecho San Francisco varias fundaciones en su pais natal, vino á Madrid, donde antes que él habia llegado la fama de su virtud, y donde fué recibido con general aclamación. Su objeto era fundar un convento

de su orden, y como le cediesen un poco de terreno en las afueras al oeste de la población, formó una pequeña ermita (1), donde por algun tiempo vivió reunido con los que movidos de su buen ejemplo, abandonaron la sociedad para abrazar su regla. Entretanto los religiosos habitantes de Madrid que crecían en su devoción al santo fundador, le ofrecieron recursos con los cuales se logró levantar un convento que se llamó de Jesus y María, pero pequeño é insalubre, en términos que algunos años despues cuando ya San Francisco habia salido de España, determinaron los religiosos abandonarlo, y lo hubieran hecho á no impedírsele la religiosidad de las muchas personas de las mas notables que encerraba Madrid y que visitaban diariamente la pobre iglesia de los hijos del Serafín de Asís, comprometiéndose la villa á conservarles el edificio para perpetuar de este modo la memoria del gran santo que le habia habitado y que tanto se habia afanado por su construcción. La munificencia de los reyes por una parte y la caridad inagotable del vecindario en general por otra, proporcionaron recursos suficientes para dar mas dimensiones y mayores comodidades al convento y á su iglesia.

Por los años de 1760, reinando en España el señor don Fernando VI, fué demolido el templo con el objeto de reedificarlo con mas grandiosidad, desapareciendo entonces los ricos sarcófagos que en él se hallaban y que contenían los restos mortales de los mas ilustres personajes de la corte, y entre ellos el de la reina doña Juana, esposa del rey don Enrique IV, cuyos mármoles segun asegura el P. Flores se emplearon en hacer la puerta del convento (creemos que querria decir en adornar el pórtico). Hé aqui lo que dice el P. Mariana al hablar del fallecimiento de esta reina. «Falleció, dice, en Madrid, á 17 de enero (1476), la reina doña Juana, muger que fué del rei don Enrique, y madre de la que se llamaba reina doña Juana, quien dice que el año pasado á 13 de junio. Su cuerpo enterraron en San Francisco en un túmulo de mármol blanco, que se ve con su letrero junto al altar mayor. Para este efecto quitaron de allí los huesos de Rodrigo Gonzalez de Clavijo, persona que los años pasados fué con una embajada al gran Tamerlan. Vuelto, labró á su costa la capilla mayor de aquel templo para su entierro. Así se truecan las cosas, y es ordinario que á los mas flacos, aun despues de muertos no falta quien les haga agravio (2).» Tal es la relación del sabio jesuita, aunque no falte algun otro historiador que asegure que al construirse el sepulcro de dicha reina, fué trasladado el de Clavijo al plano de la iglesia: empero sea de esto lo que quiera, no solamente desaparecieron aquellos suntuosos mausoleos, sino aun los mismos restos mortales de la reina doña Juana á la demolición del templo.

Para labrarle de nuevo fueron varios los profesores que presentaron diseños, siendo entre todos el mas notable el del célebre don Ventura Rodriguez, como afirma Jovellanos; aunque no sabemos por qué causas, pero presumimos que fuese la emulación ó falta de protección, fueron preferidos y adoptados los de fray Francisco de las Cabezas, religioso franciscano. Empezóse la obra en 8 de noviembre de 1761, colocando la primera piedra el eminentísimo cardenal conde de Teva, arzobispo de Toledo, y se concluyó en 1770 por el arquitecto don Antonio Pló, que tuvo la satisfacción de cerrar la media naranja.

Desde aquella época, el suntuoso templo de San Francisco, que es uno de los mas bellos ornatos de la capital, visitado constantemente por nacionales y extranjeros admiradores de su grandiosidad y bella arquitectura, fué objeto particular de la protección de los monarcas españoles y de una fervorosa devoción por parte de los fieles. Los hijos del serafico de Asís, que en gran número habitaban aquel convento, eran un verdadero recurso espiritual para aquel estremo y dilatado cuartel de la población, pues que siempre se encontraban dispuestos para administrar el sacramento de la penitencia y ayudar á bien morir á los fieles.

Con sentimiento nos vemos precisados á hablar, aunque sea ligeramente, de horribles acontecimientos que quisiéramos poder borrar de nuestra historia patria aun á costa de nuestra sangre.

El 29 de setiembre de 1833 bajó al sepulcro Fernando VII. A su muerte comenzó una lucha terrible entre los que sostenían la causa de la sucesión directa, representada en la augusta niña, hija de aquel monarca, que hoy viene ocupando el trono de San Fernando, y que entonces contaba solamente tres años de edad; y los que creían que el derecho al trono residía en don Carlos María Isidro de Borbon, hermano del difunto rey. Bajo estas dos banderas se agruparon respectivamente, en la primera los que querían las reformas constitucionales, y en la segunda los que obtenían por las antiguas tradiciones monárquicas y religiosas. Una guerra civil es el mayor azote que puede sobrevenir á un pueblo, y esta se presentó en España con todos sus horrores. Dispénsesenos esta corta digresión, que nos parece necesaria para recaer en el asunto á que debemos contraernos.

A la muerte de Fernando VII, hallábase ya en Madrid monseñor Luis Amat de San Felipe, arzobispo de Nicea, nombrado por S. S. Gregorio XVI nuncio apostólico cerca de S. M. C.: el breve que como á tal le daba á conocer, hallábase en el Consejo de Castilla para recibir el pase regio *exequatur* que nuestras leyes previenen. Exigió, pues, la corte de España que para que tuviese efecto la misión del señor Amat, el Sumo Pontífice renovase el breve, reconociendo en él á Isabel II, lo que dió lugar á serias contestaciones con la corte de Roma, pues que Su Santidad, siguiendo la línea de conducta que se habia propuesto el Austria, habia determinado por entonces permanecer neu-

tral, sin reconocer á la augusta hija de Fernando VII ni al pretendiente don Carlos hasta ver el rumbo que tomaban los sucesos, permaneciendo entre tanto como mero observador; así lo manifestó al gobierno por medio de nuestro embajador en Roma, y por consiguiente quedaron interrumpidas por entonces las relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede. Este suceso y otros de menos importancia que á él siguieron, sirvió de excusa para que la revolución, que nada respeta, se ensañara contra la Iglesia Hispana.

Era el 17 de julio de 1834. ¡Día de triste recuerdo para los españoles amantes de su religion y de su patria! El terrible viajero del Ganges se paseaba tranquilo por la mayor parte de los pueblos de nuestra península arrastrando millares de víctimas al sepulcro, dejando en todas partes por donde pasaba señales de su espantosa desolación. En Madrid, á causa de su numeroso vecindario, los estragos eran mas terribles. Por calles y plazas no se oían mas que los lamentos y gemidos de esposas afligidas, de madres llenas de desconsuelo, á quienes el cólera en pocas horas habia arrebatado los objetos de su cariño. ¡Quién habia de creer que de una calamidad tan espantosa habian de abusar los hombres para llevar á cabo infernales proyectos! Pues fué así: se hizo correr la voz de que los frailes habian envenenado las aguas y que este era el motivo de tantas muertes. De este modo, aquellos que por sistema eran enemigos implacables de la religion, creyeron conseguir sus perversos fines. Con la velocidad de la chispa eléctrica la noticia se esparció por toda la capital, y el pueblo, instrumento ciego de los que le conducen, ese pueblo siempre dispuesto á gritar sin saber lo que quiere, porque ignorante y estúpido es en no pocas ocasiones una máquina movida por la malignidad y la hipocresía de uno ó de algunos hombres, al grito de venganza corrió presuroso á los conventos y mil puñales se hundieron en los pechos de inocentes é indefensos sacerdotes, justamente en los momentos en que cumpliendo con sus sagrados deberes, corrían por todas partes llevando los auxilios de la religion á los infelices coléricos.

El templo y convento, que es objeto del presente artículo, fué entre todos el que dió mas mártires al cielo en aquel nefando día. Diez y ocho sacerdotes, cuatro coristas, once religiosos legos y ocho hermanos donados, que forman el número de cuarenta y una víctimas, fueron bárbaramente asesinados en el convento y en la misma iglesia de San Francisco el Grande. Se opone á la naturaleza de este artículo el que hagamos comentario alguno, y hacemos el sacrificio de ahogar en nuestro pecho las reflexiones que de tales acontecimientos se desprenden. Tal vez podamos hacerlas algun día en otro trabajo, en cuya redacción nos ocupamos. De este modo se inauguró en España, por una fatalidad deplorable, la época de las reformas, llamadas á labrar nuestra felicidad...

Pasados esos tristes días, de que á nuestro pesar nos hemos ocupado, la hermosa iglesia de San Francisco volvió á abrirse al culto público que, sin interrupción, se celebró en ella hasta el 18 de mayo de 1836, en que fué cerrada para dar principio á las obras que en ella se han hecho, á costa de la comisaría general de los Santos Lugares de Jerusalem, obras que han durado mas de cuatro años, lo suficiente para haberla levantado de nueva planta y en la que se han invertido sumas de consideración. Creemos que la comisaría de los Santos Lugares, habrá sido facultada competentemente para aplicar los fondos que en ella depositan los fieles con destino á la conservación de dichos Lugares venerandos, á las obras de la iglesia de que nos ocupamos.

El altar mayor, que es nuevo y todo de mármol blanco, es digno de una catedral: empero, lo que llama extraordinariamente la atención por su mérito artístico, son las obras ejecutadas en la fábrica-platería de Martínez: su vista no puede menos de sorprender extraordinariamente; y nosotros, que hemos visitado los principales templos del catolicismo, incluso el Vaticano, no hemos visto en su género cosa que le iguale. Consisten estas obras primeramente, en diez y seis lámparas de bronce dorado, que han sido colocadas alrededor de la hermosa rotunda: son todas de tres varas de altura por cinco pies de diámetro: en las preciosas cadenas que sostienen la caja, y que están lindamente caladas, se ven varias cruces de la Orden Seráfica y de la de San Juan de Jerusalem. No son menos dignos de atención el crucifijo y los seis candelabros del mismo metal, que adornan el altar mayor del templo. Empero, lo mas notable de todo, es la magnífica y elegantísima araña, que ha sido colocada en el centro de la iglesia, pendiente de la bóveda y que tiene de peso ciento cincuenta arrobas. Su altura es de quince pies y consta de dos cuerpos, reuniendo entre ambos doce candelabros de á seis luces cada uno y otros doce de á cinco, formando por consecuencia un total de ciento treinta y dos luces. Renunciemos á dar mas pormenores de esta obra maestra del arte, dejando á los inteligentes y personas de buen gusto el admirar todas sus bellezas. El señor Martínez puede estar satisfecho de que estos objetos hayan sido fabricados en sus talleres. Amantes nosotros de las glorias de nuestra patria, le felicitamos, como igualmente al escultor don Antonio de las Peñas, granadino, que ha sido el verdadero creador de la obra, el cual para llevarla á cabo solo recibió un pequeño dibujo, habiendo sabido elevar á grande altura su bien adquirida reputación, como artista de primer orden. Creemos obrar asimismo en justicia haciendo honorífica mención del señor don Pablo Cabrero, que figura al frente del establecimiento, y de don Francisco Prados, entendido oficial que se ha ocupado en el armado de la araña. A todos felicitamos cordialmente porque han dado una prueba nada equívoca, de que en el arte á que están dedicados, nada tenemos que envidiar á otras naciones.

Despues de haber sido bendecida la iglesia y consagrado el nuevo altar mayor, por el eminentísimo señor cardenal arzobispo de Toledo, háse celebrado el domingo 8 del pre-

(1) Creemos que será leído con gusto el presente artículo histórico-descriptivo, en estos días que tanto está llamando la atención del público de Madrid, este suntuoso templo abierto nuevamente al culto, despues de restaurado.

(1) Esta ermita, donde vivió el santo patriarca se conserva aún, y es la que se ve en el jardín ó huerta de San Francisco, que tiene entrada por la calle de San Buenaventura.
(2) P. Mariana: *Historia de España*: Libro XXIV, cap. IX.

sente mes la funcion inaugural con asistencia de SS. MM. y del gobierno, en la que celebró de pontifical el mismo eminentísimo señor, ocupando la cátedra del Evangelio un presbítero del Orden Seráfico.

Al frente de la iglesia continúa, como rector de ella, el señor don Inocencio Riesco Le-Gran, vice-comisario de los Santos Lugares de Jerusalem, el que durante las obras ha dado pruebas, no solo de celo, sino tambien de inteligencia, trabajando con asiduidad por su deseo de ver abierto al culto público tan magnífico santuario, gloria de la religion y joya de las artes.

E. MORENO CEBADA.

MAS SOBRE EL ECLIPSE DEL DIA 18 DE JULIO.

En nuestro último número omitimos decir, al hablar de este fenómeno, los medios que algunas corporaciones y particulares han adoptado para facilitar su mas fácil exámen á los observadores.

El venerable cabildo de Zaragoza tiene reservadas las mejores habitaciones del santuario del Moncayo para los astrónomos que allí concurren. El señor Montesinos, representante de la empresa del ferro-carril de Bilbao á Tudela, facilitará á los astrónomos que se sitúan en esta region cuanto se halle á su alcance. La comision de estadística ha abierto por su cuenta una senda para subir á la cumbre del Moncayo; y la Real Academia de Ciencias, ministerio de Fomento, Hacienda y Marina evacuarán con prontitud los asuntos que se rocen con el próximo eclipse.

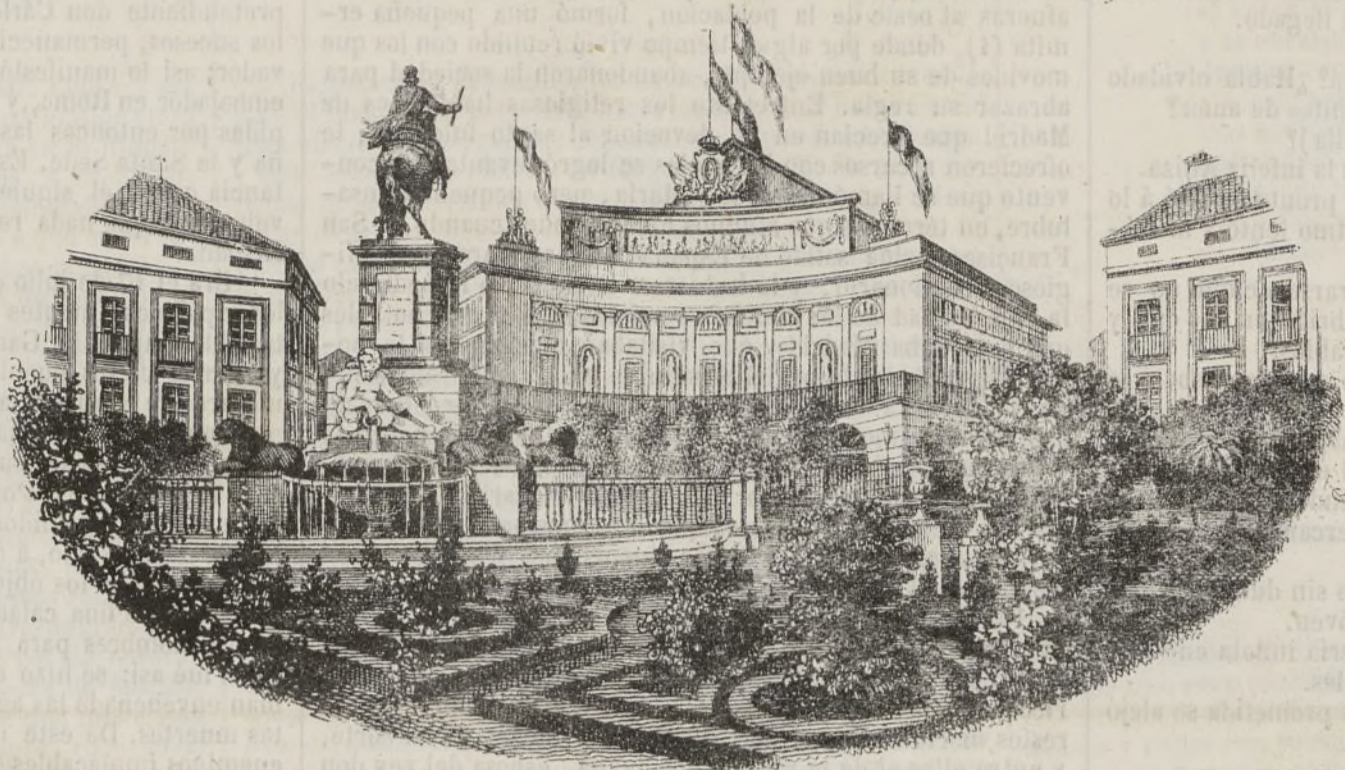
Digna es tambien de ser anotada la solicitud con que don José María Mathé, director general del cuerpo de telégrafos, ha preparado los trabajos telegráficos para que, sin pérdida de momento, se transmitan á Madrid todas las observaciones en la zona del eclipse durante el tiempo de este fenómeno.

Terminaremos esta adición á nuestro anterior artículo, rogando al administrador del Retiro, que en el día del eclipse disponga quede abierto al público aquel Real Sitio, pues desde allí podrá contemplarse bien, con la comodidad que ofrece la sombra de su gigantesca y numerosa arboleda.

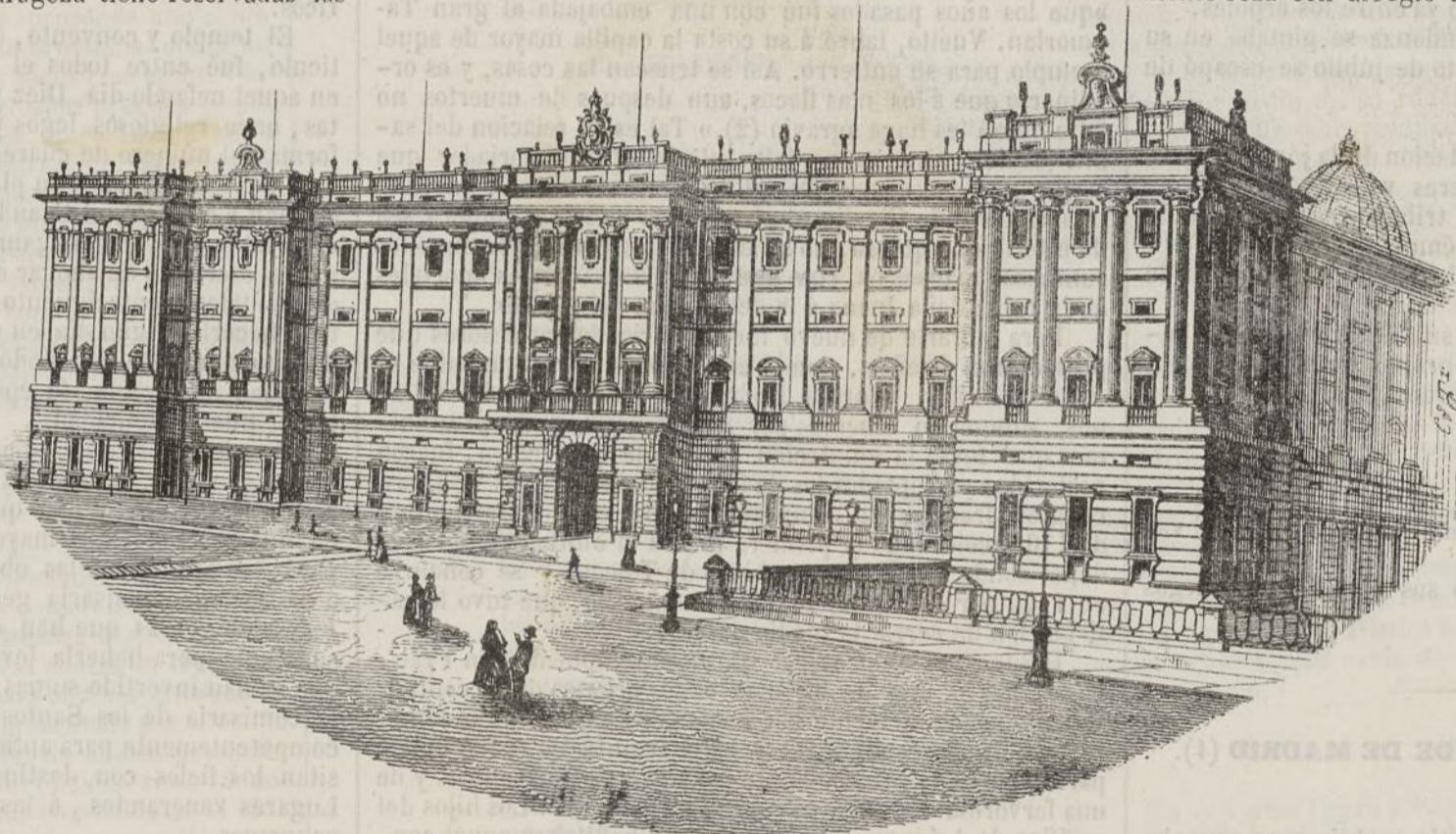
LOS MENSAGEROS DE AMOR.

Auras que en raudos vuelo
vais de mi hermosa á acariciar la frente;
pacífico arroyuelo,
murmuradora fuente,
que besareis tal vez su blanca mano;
azucena gentil, clavel galano
que adornareis su cabellera de oro!...
decidle que la adoro!

Luna clara, argentina,
cuyos tibios y plácidos destellos
acaso cubrirán su faz divina,
mas blanca y pura que ellos;
y tú, tierra dichosa
en que su planta fugitiva posa
mi amada, mi tesoro!...
decidle que la adoro!



Parterre de la Plaza de Oriente.



El Real Palacio de Madrid.

Y vosotros, mis versos, ecos vanos
de mi amante dolor y mi ternura,
que en tiempos ya lejanos
júbilo reboabais y ventura!...
si una sola mirada
os concede la bella despiadada,
cuya clemencia imploro,
decidle que la adoro!...

ANTONIO CORZO Y BARRERA.

ZALAMERO—ZALAMERÍAS.

Hé aquí dos nombres de origen árabe, restos de la dominación musulmana en España.

Zalamero, según el diccionario de la lengua, es un sustantivo y adjetivo que se aplica al hombre adulator en exceso, en palabras ó acciones, y á estas se las llama *zalamerías*.

Zalam en árabe es saludo, que en algunas comarcas se pronuncia *salem* y en otras *selim*. Así *Salam Alayk* es lo mismo que decir, saludo á tí, de ahí *salamelé*, á lo cual contesta el interlocutor, *Alayk el Salem*: sobre tí el saludo.

Llámase tambien *zalema* la cortesía y humilde reconocimiento que hace el inferior al mayor con mucha sumisión, como dice Covarrubias, cruzando los brazos sobre el pecho y doblando el cuerpo, diciendo al mismo tiempo:

Alayk zalamelek, equivalente á Dios te salve, ó Alá te guarde.

Derívanse todos estos nombres de *zala* ó *zalam*, que dan los mahometanos á su oracion, rezo ó preces religiosas, como vemos, entre mil documentos, en el romance antiguo del rey moro de Sansueña, en el que se lee:

El rey iba á la mezquita
Para la zala rezar.

Y como estas oraciones van acompañadas, según el ritual mahometano, de saluciones, gestos afectuosos y diversas contorsiones, los cristianos llamaron *zalamerías* al exceso de adulacion en palabras ó acciones blandas y cariñosas, y *zalamero* al que acostumbra hacerlas.

En justificación de lo que venimos diciendo véase el número 6 del tercer tomo de EL MUNDO PINTORESCO, en el que describimos las zalamerías ó ceremonias que practica y palabras que profiere todo buen musulman, en cada una de las cinco oraciones que diariamente reza con arreglo á la liturgia mahometana.

V. JOAQUIN BASTÚS.

VARIEDADES.

Monte Cáucaso.—Esta montaña del Asia ha sido descrita por el viajero Chardin del modo siguiente: «Es la montaña mas alta y mas escabrosa que he visto; está llena de rocas y de espantosos precipicios. En algunos puntos han tenido que emplear extraordinarios trabajos para abrir unos pequeños senderos.

Cuando la visité estaba casi completamente cubierta por una capa de nieve, que tenía en todas partes cerca de unos diez pies de espesor. Muchas veces tuvieron mis guías necesidad de abrir un camino á través de ella con sus instrumentos; estos hombres llevaban una especie de sandalias propias para andar por cima de la nieve con

mucha ligereza, y que tan solo dejan una huella incierta é imperceptible de su paso, porque no tienen punta ni talón y es imposible distinguir hácia qué parte se dirigen. La cima del Cáucaso está perpetuamente cubierta de nieve, y durante las ocho leguas que se emplean en atravesarle, no se encuentra ni una sola habitacion. Cuando estuvimos en lo alto del monte, nuestros conductores dirigieron largas oraciones á unas imágenes que llevaban encima, á fin de que no hiciera viento. En efecto, si se hubiese levantado un aire un poco fuerte, de fijo habríamos sido sepultados en la nieve, que en aquel punto es movediza y menuda como la arena, y el viento la levanta en el aire formando una especie de nube de polvo. Los caballos se hundieron tantas veces en varios puntos, que llegué á creer que no saldríamos del paso. Para estar mas seguro me apeé, y no llegué á andar ocho leguas á caballo al atravesar aquel escabroso monte que tiene treinta y seis; en los dos últimos días, creía estar en las nubes, y no veía á veinte pasos delante de mí.»

Por todo lo no firmado,

R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.